

AMÉRICA LATINA

en movimiento

560

Abril 2026

INCERTIDUMBRES, Y DESAFÍOS



OBSERVATORIO
LATINOAMERICANO DE
GEOPOLÍTICA

 **alai**
Agencia Latinoamericana
de Información

ÍNDICE

2

Setareh Sadeqi. Los iraníes están profundamente conectados con su patria

ENTREVISTA DE
ANA ESTHER CECEÑA

5

Luchar en tiempo de imperios, guerras y cacerías medievales

LLANISCA LUGO

9

Redistribuir sin transformar: crisis civilizatoria y límites del progresismo

RENÉ RAMÍREZ

13

América Latina en la mira: Reconfiguración Geopolítica y Soberanía Popular ante el avance imperialista

MANUEL BERTOLDI

17

Un feminismo popular e internacionalista, enraizado en los territorios

ANA PRISCILA ALVES
Y TICA MORENO

22

Problemas y desafíos de los movimientos populares en un cambio de época

MAGDIEL SÁNCHEZ

30

Gobernar a través de la violencia

DANIEL INCLÁN



34

Máquinas que matan

JERÓNIMO RAJCHENBERG
Y JOAQUIN SALAM

38

Las disputas por la hegemonía cultural frente al renovado avance de la ultraderecha

IRWING RICO

41

El trumpismo y la derecha extremista en Estados Unidos

DAVID HERRERA

46

Reconfiguración del Estado y privatización de la seguridad

KANETY ZAVALTA

46

África: el "Continente del Futuro" o el futuro que ya fue...

MARCO REYES

46

Rumbo a una Bandung de los Pueblos

JULIANA SENA, BRID BRENNAN,
GONZALO BERRÓN Y SOL TRUMBO

AMÉRICA
LATINA
en movimiento

Número 560

Abril 2026 / Año 47, tercera época

ISSN: En trámite

ALAI es una organización orientada a la democratización de la comunicación, la promoción de la integración regional y el acompañamiento de los movimientos sociales. Dedicada al análisis crítico del acontecer regional y global, su revista se publica desde hace más de cuatro décadas y se edita desde el año 2025 en México en coordinación con el Observatorio Latinoamericano de Geopolítica.

Directora editorial
Ana Esther Ceceña

Coordinadora editorial
Adriana Franco

Colectivo editorial
Carlos Álvarez y Natalia Arvizu

Mapa de portada:
Diagramación y montaje: Martha Alfaro
Ilustraciones: Freepik (modificadas)

<https://www.alai.info>
Contacto: ediciones@alai.info

Los contenidos de esta revista pueden ser reproducidos a condición de que se cite la respectiva fuente.

El contenido de los artículos es responsabilidad de sus autores.

ENTREVISTA

LOS IRANÍES ESTÁN PROFUNDAMENTE CONECTADOS CON SU PATRIA

ENTREVISTA DE ANA ESTHER CECENA CON SETAREH SADEQI



Fotografía: Mostafa Tehrani.

La entrevista a Setareh Sadeqi, Dra. en Estudios de América del Norte y profesora de la Facultad de Estudios del Mundo de la Universidad de Teherán, en un contexto de guerra, bombardeos de carpeta, bombardeos de precisión y riego de fósforo blanco sobre Irán, por parte de Estados Unidos e Israel, nos permite percibir cómo se organiza el pueblo iraní para la resistencia.

AEC: Ante la agresión de Estados Unidos e Israel, se esperaba que el pueblo iraní aprovechara el momento para rebelarse contra el aparato de gobierno y “derrocar al régimen”. Esto no ocurrió. ¿Cómo entender que la gran inconformidad social que reportaba la mediática dominante tuvo una manifestación muy escasa y, en cambio, el apoyo a los representantes de la Revolución Islámica y de la nación iraní se tornara masivo y explícito?

SS: Para responder a esta pregunta, es fundamental reconocer que los medios de comunicación imperialistas han exagerado de manera constante la magnitud de las protestas “anti-gobierno” y han distorsionado las causas subyacentes de las mismas. Durante décadas, estos medios han intentado retratar al gobierno iraní como un régimen ilegítimo y fuera de control. En realidad, aunque existen quejas legítimas y descontento, Irán sigue gozando de un considerable apoyo popular.

Además, los iraníes han sufrido las consecuencias de las sanciones unilaterales impuestas por Estados Unidos, las cuales han restringido severamente el acceso a medicamentos esenciales y han reducido las oportunidades laborales. Han sido testigos de la barbarie del régimen israelí de apartheid, que ha atacado a científicos iraníes y ha apoyado a grupos terroristas en contra

de Irán. Al mismo tiempo, han observado horrorizados cómo el régimen sionista cometió atrocidades contra el pueblo palestino, llevando a cabo genocidio y limpieza étnica.

Cuando estos dos regímenes, con sus bien documentadas historias de crímenes de guerra y masacres, atacan Irán—matando a más de 170 niñas en sus escuelas el primer día del asalto, demoliendo hospitales, clínicas de fertilización in vitro, ambulancias, áreas residenciales y clubes deportivos—muchos iraníes, incluso aquellos que protestan contra su propio gobierno, dejan a un lado sus quejas. Se unen en defensa de su nación, uniéndose bajo la bandera del establecimiento que está luchando para protegerlos de estos agresores externos.

AEC: *En términos de fuerza, frente al gran poderío militar de los agresores, a sus enormes portaviones, a la movilización de sus aviones más sofisticados (F-35), a los bombardeos constantes, al empleo de sus sistemas de inteligencia artificial tanto para espionaje o ataques precisos como para defensa (Iron dome) y a toda su experiencia de guerra, Irán ha mostrado una capacidad de respuesta sorprendente, versátil e imaginativa que ha puesto en una situación muy comprometida no sólo a sus dos agresores sino a la región en su conjunto, al punto que no pocos afirman que Irán está ganando esta guerra. ¿Cómo evalúas la capacidad de respuesta de Irán?*

SS: Una vez más, los medios de comunicación imperialistas han tratado de demonizar a Irán, pintando al país como un Estado paria, sin capacidad de resistir. Su retrato orientalista de la República Islámica de Irán—orientado a mostrar a la nación como atrasada y subdesarrollada—ha comenzado a desmoronarse. Estamos siendo testigos de una nación, bajo brutales sanciones durante décadas, que está destruyendo la ilusión de la superioridad militar de Estados Unidos. Las monarquías familiares en la región, que albergan bases militares estadounidenses y pagan miles de millones al régimen de Estados Unidos para su protección contra supuestas ‘amenazas,’ ahora se encuentran no sólo enfrentando misiles iraníes que atacan bases estadounidenses, sino también siendo abandonadas por su antiguo patrón.

Durante décadas, las potencias imperialistas utilizaron el miedo para intimidar a las naciones con sus F-35, THAAD, MIM-104 Patriots, enormes armadas y portaviones que valen miles de millones de dólares. Pero esta gigantesca fachada ha sido perforada por misiles iraníes de producción nacional, que cuestan alrededor de 20,000 dólares cada uno. Incluso los iraníes han quedado asombrados por la fuerza y la resistencia de su

país, que ha cambiado drásticamente el equilibrio de poder en la región.

Cuando esta guerra termine, nada volverá a ser como antes. Después de años de sanciones devastadoras, Irán apenas ha comenzado a aprovechar su posición en el estrecho de Ormuz—un pasaje clave para el 20% del petróleo crudo mundial, el 20% del gas natural licuado, y el 33% del comercio global de fertilizantes por vía marítima. El mundo aún no ha sentido el impacto completo de las medidas defensivas de Irán en respuesta al ataque a su soberanía, la masacre de su pueblo y el asesinato de sus líderes. Irán también está enviando un mensaje a las naciones independientes del mundo: es posible resistir al poder imperialista, es posible no rendirse y vencer.

AEC: *El año anterior, en lo que se llamó la guerra de los doce días, la respuesta bélica iraní no tuvo la contundencia que tiene ahora y se buscó o se aceptó una relativamente rápida negociación. En esta ocasión Irán está poniendo condiciones muy altas para terminar la guerra y sabemos de las reiteradas traiciones de los agresores a los acuerdos tomados. ¿Cómo está reaccionando el pueblo iraní? ¿Estará de acuerdo con mantener ese nivel de respuesta? ¿Preferiría bajar la tensión aceptando las condiciones de los agresores? ¿Estará de acuerdo con las decisiones de su gobierno y con el tono de la respuesta que está dando Irán?*

SS: Respecto a la guerra de los 12 días, Irán inicialmente fue tomado por sorpresa, particularmente durante las primeras 24 horas, que fueron extremadamente desafiantes para las fuerzas armadas, ya que estábamos a las vísperas de la sexta ronda de negociaciones indirectas con EE.UU. sobre nuestro programa nuclear. Irán estaba decidido a demostrar al mundo que valora la paz y la diplomacia. De hecho, fue el régimen sionista el que solicitó un alto al fuego, ya que no esperaban una respuesta tan fuerte por parte de Irán. Esto también le dio a Irán tiempo para reconstruirse y reagruparse.

Sin embargo, cuando Irán aceptó entrar en negociaciones por segunda vez (después de que Trump desechara unilateralmente el Plan de Acción Integral Conjunto—también conocido como el acuerdo nuclear de Irán—en 2015), advirtió firmemente a EE.UU. que si Irán fuera atacado durante estas conversaciones, la guerra se convertiría en un conflicto regional, afectando a toda la región. La respuesta de Irán sería masiva e ilimitada, a diferencia de la guerra en junio, y no sería Irán quien iniciara, sino quien decidiera cuándo debe terminar la guerra.

Desde el inicio de la guerra, millones de iraníes han salido a las calles cada noche, mostrando un apoyo inquebrantable a su país, denunciando la agresión de los regímenes de EE.UU. e Israel, y exigiendo represalias. Uno de los cánticos más populares en estos días es:

«No a la rendición, no a la negociación, seguimos luchando.»

La retórica de los funcionarios iraníes refleja el sentimiento popular: la guerra sólo debe terminar cuando Irán haya superado al enemigo y lo haya hecho pensar dos veces antes de atacar nuevamente. Los iraníes ahora están resueltos en su determinación de luchar hasta que el equilibrio de poder cambie a su favor. Ven a su país vendiendo más petróleo, jugando un papel más importante en la región y haciendo retroceder al régimen colonizador que ocupa Palestina.

AEC: *Ustedes han afirmado que están preparados para una guerra larga. ¿En qué consiste esa preparación? ¿Cómo se están organizando para vivir en situación de guerra?*

La capacidad de Irán para sostener su lucha a largo plazo se basa en dos factores clave. Primero, a diferencia de Israel, donde los colonos no son originarios de la tierra que ocupan y muchos tienen doble nacionalidad, los iraníes son los pueblos nativos de su tierra, con una civilización que abarca más de 5,000 años. Al igual que vimos con los palestinos, que se negaron a abandonar Gaza a pesar de ser bombardeados de manera constante durante dos años, los iraníes están profundamente conectados con su patria; son de esa tierra, y no es una tierra robada. Para los colonos en los territorios ocupados, sin embargo, la historia es diferente. Cuando los misiles iraníes impactan Tel Aviv y otras ciudades, muchos colonos quieren huir, atiborrando los aeropuertos con la esperanza de regresar a los países de donde vinieron sus ancestros.

El segundo factor son las enormes capacidades defensivas de Irán, las cuales se mantienen a una fracción del costo de los sistemas militares de EE.UU. o del régimen sionista. Constantemente amenazado por EE.UU. e Israel, Irán ha pasado años desarrollando una infraestructura de defensa sofisticada, operada por patriotas devotos que no temen nada. Estos soldados nacionalistas se enorgullecen profundamente de sacrificar sus vidas por su patria. En contraste, los soldados estadounidenses a menudo son desplegados a miles de millas de sus hogares para luchar en guerras que ni siquiera son las suyas, guerras

que no conciernen a su país. Por eso vemos incidentes como inodoros tapados en el USS Abraham Lincoln o «accidentes» de fuego en las flotas y bases estadounidenses.

AEC: *¿Qué escenarios de futuro visualizas?*

SS: Visualizo un mundo mejor después de esta guerra, en el que emerja un orden mundial multipolar, con Irán reconocido como un actor clave a nivel global, uno con el poder de desafiar y reducir la influencia de las potencias imperialistas que intimidan. Otras naciones verán a Irán como un modelo de resistencia contra la dominación imperialista y ya no temerán las sanciones de EE.UU. por tratar con Irán. Creo que el control de Irán sobre el estrecho de Ormuz se establecerá firmemente, dándole al país una gran palanca para revertir las sanciones y responsabilizar a los estados clientes que usan su espacio aéreo y territorios en contra de la soberanía de Irán. Se dará por sentado que provocar a Irán tendrá un alto costo, y EE.UU. dejará de ser visto como la superpotencia invencible capaz de someter a las naciones. Irán necesitará tiempo y recursos para reconstruirse, pero los ingresos de la venta de su petróleo sin sanciones, junto con las ventajas económicas derivadas del control del estrecho de Ormuz, facilitarán este proceso. El dólar estadounidense también perderá aún más credibilidad en el comercio internacional de lo que ya ha perdido. ■

Estados Unidos ya no será visto como el hegemón.



LLANISCA LUGO GONZÁLEZ*

LUCHAR EN TIEMPO DE IMPERIOS, GUERRAS Y CACERÍAS MEDIEVALES



En estos días parece que son historia los avances de los años de integración, romance y encuentros entre los pueblos latinoamericanos y caribeños y varios gobiernos de la región no sienten vergüenza en mal comer de la mano de un imperio violento y criminal.

Fotografía: Xavier Granja Cedeño/Wikimedia
Commons. CC BY-SA 2.0 Generic

La capacidad de movilización de la izquierda está en retroceso. Los ideales quedan atrapados en la nostalgia de referentes que ya no están. La academia se pierde en los *papers*. Los partidos se agotan en ciclos electorales. Parece que los sueños vagan solos y que la esperanza se ha sumido en la perplejidad ante la barbarie.

El imperialismo norteamericano ejerce todo su poder para destruir civilizaciones y pueblos que son símbolos de rebeldía y dignidad, sin apego a normas que fueron asentadas para dominar el mundo como criterios de civilización y progreso. Al ser negadas con desprecio por la fuerza,

* Integrante de la Coordinación Política de ALBAmovimientos.



Fotografía: Grain.org

el imperialismo devela el carácter instrumental que este orden ha tenido, y pone al descubierto su incapacidad para detener agresiones o guerras que cada vez causan más sufrimiento en la humanidad. El llamado orden mundial, si bien ha servido para algún entendimiento entre naciones, no puede ofrecer una respuesta a la crisis civilizatoria que vive la humanidad.

La expansión imperialista se realiza en el territorio que deja una izquierda que intentó gobernar para todos, que creyó en el consenso entre clases, que pretendió ser nacionalista sin enfrentar al imperio. Esa izquierda abandonó el campo de la disputa ideológica, sólo en tácticas mostró diferencias con sus enemigos, se atemorizó con la tarea de dirigir la sociedad, rechazó la posibilidad de superar el capitalismo, y tuvo miedo al pueblo organizado. Huyó del conflicto, redujo las maniobras del Estado y con ello redujo su sujeto y diluyó su proyecto.

A pesar de ello, los movimientos populares articulados en la Campaña por los 500 años de resistencia negra, indígena y popular, que lucharon juntos contra el ALCA, que ampliaron la agenda de luchas en el escenario del Foro Social Mundial, y después encontraron referencias alrededor del liderazgo de Chávez y Fidel en el ALBA- TCP, que produjeron el sustrato de las victorias de Néstor y Cristina en Argentina, de Evo en

Bolivia, de Correa, en Ecuador, Lula y Dilma en Brasil, han impulsado prácticas para una nueva cultura política, que nada tiene que ver con horizontalismos que paralizan o mesianismos de base; una cultura política que cree en la organización popular, en el liderazgo colectivo y en la necesaria dirección de la sociedad.

El movimiento popular que ha tenido este recorrido, ha dejado atrás la postura de extrañamiento con la toma del poder, lo disputa con formas políticas que crea y ensaya a nivel local y nacional, enfatiza su trabajo en los territorios, respalda y presiona la institucionalidad en sus contradicciones, recupera la formación política, debate su déficit en el trabajo de base, articula procesos de unidad entre pueblos y reflexiona sobre temas históricamente ajenos a las posturas del marxismo ortodoxo, en el desafío de comprender un sujeto ganado por el neoliberalismo para el territorio del consumo, la competencia y el mercado como territorio regulador de la existencia.

Algunas preguntas permanecen en sus encuentros. ¿Dónde se dan los tejidos sociales en las nuevas lógicas de producción de sentido de vida?, ¿Dónde se construye comunidad frente a la lógica individualista del capital? ¿Dónde está el principal malestar social y como se interpreta? ¿cómo podremos politizar

ese malestar desde la conciencia de pertenencia a una experiencia de muchos que se parecen entre sí, que cargan huellas similares, que han visto el horror de la pobreza sin poder salir de ella a pesar de todos los esfuerzos?

Estas preguntas pueden orientar la batalla de las ideas desde el lugar de la clase trabajadora, desde su incomodidad y agonías, sin embargo, no son suficientes.

La izquierda debe empeñarse en conducir la sociedad con el ejemplo. No es suficiente acompañar al pueblo trabajador, ir a los territorios y enfrentar las trasnacionales, los paramilitares, y todo lo que amenaza la vida de las familias allí donde se develan las contradicciones del capitalismo. Es necesario crear referentes éticos y políticos que puedan dirigir los procesos sin miedo a ser llamados socialistas, sin miedo al horizonte comunista, con vocación de poder y de victoria.

El vacío ideológico de contenido de izquierda no va a resolverse con el silencio, con la evitación de temas escabrosos que cuestan, hay que debatir las relaciones instaladas por el neoliberalismo entre socialismo y dictadura, pobreza, aislamiento, parálisis, fractura. Para esas relaciones ha trabajado el imperialismo con todos sus instrumentos, sus academias, sus organizaciones no gubernamentales, sus ayudas humanitarias, y por supuesto sus bases militares, sus tanques y sus bombas.



El movimiento popular que construye un proyecto en ALBA movimientos superó el distanciamiento inducido y formal con los partidos y teje diálogos con el Foro de Sao Paulo a nivel regional, pero en cada país crea instrumentos para el trabajo político territorial, discute el concepto de ser partido movimiento, está consciente de que su misión no termina en denunciar, sino en cambiar la realidad y para ello hay que ser capaz de agenciar poder popular, esa es la base de la democracia que propone.

Se revela frente a la ortodoxia de la nueva izquierda y porta con orgullo herencia y lecciones de los movimientos de liberación, las insurgencias y experiencias armadas, las fuerzas políticas que los precedieron, los dirigentes barriales desaparecidos por la dictadura, las comunidades eclesiales de base. Reconoce en ese legado su fuente ideológica y su sentido de lucha. Su camino está anegado en sangre de una llamada izquierda vieja que quiso ser abatida y negada por errores, pero sobre todo por aciertos, por su capacidad de masificar un sueño. Esa tradición hay que seguir recuperándola, en su estética, su profundo vínculo con el arte y su ética humanista.

Uno de los mayores peligros que ha tenido que afrontar este campo popular articulado en la región tiene que ver con los ataques sin cuartel al Estado. Estos ataques en las circunstancias dependientes de las economías de la región, limitan el potencial beligerante de las luchas. Sin disputar el papel regulador, distributivo pero sobre todo de integración de la sociedad y de producción de subjetividad del Estado, los movimientos populares son instrumentos que afirman la democracia liberal y en su existencia, expresan el testimonio de la capacidad del capitalismo de reproducirse en las márgenes de la subversión que es capaz de contener.

Cuando la extrema derecha impulsa el desgaste del Estado y transfiere sus funciones al sector privado procurando su repliegue y la orfandad de amplios contingentes de la clase subalterna, la opción del movimiento popular no puede ser la alianza con organizaciones no gubernamentales vinculadas al capital con rostro más o menos magnánimo, para suplir en apariencia lo que debe ser consagrado como derecho. Tampoco debe ser distribuir con proyección clientelar creando consumidores en lugar de ciudadanos. El movimiento popular debe disputar el Estado, que es mucho más que prepararse para un proceso electoral; significa ocupar los espacios de poder con mecanismos de rendición de cuenta y mandato imperativo para sus representantes y al mismo tiempo tener capacidad real de ser referencia para la presión dentro, con y frente al Estado como fuerza que movilice hacia las transformaciones necesarias y al mayor alcance y profundidad de su accionar.

A pesar de la barbarie, hay una izquierda que aprende, crea, y enfrenta su propia crisis de proyecto. En los últimos años el campo popular organizó las Conferencias *Dilemas de la Humanidad* para pensar sobre los asuntos que podían constituir una agenda de unidad, construye la *Asamblea internacional de los Pueblos* para procurar el encuentro entre luchas que no se conocían, genera diálogo entre editoriales y teje redes de medios de comunicación, da la batalla por el arte y la cultura, por la espiritualidad y la subjetividad.

Este acumulado es parte de un campo de fuerzas y tensiones. Si las debatimos en las fábricas, los barrios, las iglesias, las redes, podemos encontrar juntos el mejor modo de transitarlas. Me detengo en una de ellas: la distancia con el pueblo, la dificultad de sostener una conversación con el conjunto de la sociedad, incluso con la clase trabajadora, en un tiempo en que es preciso la disputa del imaginario y la hegemonía del capital.

Con dificultades para la disputa en el ecosistema mediático, los movimientos populares deben asumir el desafío de conversar con el conjunto de la sociedad y masificar el mensaje para disputar las ideas más allá del cerco de los argumentos que imponen el capital para su criminalización y parálisis.

La comunicación es un hecho político con una importante función educativa y de integración. Debe orientarse a toda la clase trabajadora, no sólo a las bases de la organización, a ese amplio ejército de trabajadores y trabajadoras que educa a sus hijos en medio de la crisis, que sale a trabajar y traduce e interpreta el

proyecto de acuerdo a los desafíos de su realidad. Débilmente interpelado, este sujeto no es despolitizado, aunque no practique una militancia política. Escucha noticias con poco tiempo para verificar fuentes, necesita orientarse para correr el menor riesgo, tiene que sobrevivir a la hostilidad del medio y buscará las salidas más cortas y seguras. Sin embargo, ese ejército también es portador de una noción de justicia.

En época de crisis los intereses se pueden distanciar de las necesidades, por eso el papel del movimiento popular ha sido y debe ser formar conciencia, construir capacidad crítica para una práctica teórica y política y hacerlo desde la propia beligerancia que emerge de la lucha por vivir, porque allí están las alternativas cotidianas que pudieran constituirse en fuerza consciente, organizada y crítica para la transformación de la sociedad.



Fotografía: Asamblea Internacional de los Pueblos.

El significado de ser de izquierda se ha vuelto tan ambiguo que ya no opera como orientador de campos políticos.

A lo largo de la historia el pueblo se ha identificado con un ideal, una causa que impulsa y es fuente de orgullo, que tiene sentido en sí misma más allá de sus posibilidades de victoria. Ser radical con los problemas que el pueblo identifica, no es visitar territorios o hablar en su lenguaje, es necesario un proyecto de justicia y de futuro que se propone vencer, con poder real.

La izquierda se distancia del pueblo cuando no tiene una promesa nueva, no encuentra la fuerza de sus ideales, no hay un referente con capacidad de construir unidad para la dirección por su ejemplo y coherencia. No es un tema organizativo, aunque se



Fotografía: [Via Campesina.org](http://ViaCampesina.org).

pueden tomar decisiones operativas, tiene que ver con la crisis de proyecto que está muy relacionada con la crisis del sujeto.

El significado de ser de izquierda se ha vuelto tan ambiguo que ya no opera como orientador de campos políticos. Eso que llamamos izquierda que aquí estamos considerando en la experiencia del movimiento popular, se constituye en el mismo proceso en que lucha y se comprende a sí misma en esa lucha. Muchas veces se constituye en la periferia de los desposeídos de pan y de cultura. No es un sujeto para siempre, nunca se forma completamente, se constituye en el camino irregular de la toma de conciencia, por eso requiere del colectivo, de su compañía, su confianza, su inspiración y también su coerción. Se forma en las tareas cotidianas, en las negociaciones con las instituciones, en la producción de alimentos con soberanía, en las movilizaciones, esos momentos de agudización de las contradicciones que aceleran los procesos.

La distancia de la izquierda con el pueblo toma mayor complejidad cuando se fragiliza y se repliega la movilización popular, lo que ocurre con más frecuencia frente a gobiernos progresistas como una paradoja. La fuerza popular organizada altera la correlación que permite llegar a una victoria electoral pero resulta que esta victoria no resulta en mayor fuerza para el campo popular.

El papel del movimiento popular es luchar por el proyecto, formar el sujeto del proyecto, defender el horizonte desde los pasos próximos, fortalecer el tejido social que es fuente de poder

y todo ello con la brújula de la defensa de la soberanía frente al imperialismo, la soberanía de todos los pueblos del mundo.

La resistencia frente al imperialismo, en cualquier lugar del mundo, es una resistencia en nombre de una clase trabajadora, en nombre de un sujeto oprimido, en nombre de una historia de colonización que es común a pueblos que han de conocerse más, contarse mejor de donde vienen y no soltarse la mano en la búsqueda de sus horizontes.

El sujeto de izquierda debe comprometerse con conocer el mundo. Para eso, el movimiento popular ha retomado sus procesos de formación en escuelas, brigadas de intercambio, procesos productivos, donde el arte de la resistencia constituye una centralidad, donde las formas de vivir son fuente de reflexión. Así el movimiento popular participa en la disputa por el sentido común para despertar la indignación ética que mantiene encendida la esperanza del mundo que merecemos vivir y del que hemos tenido hermosos testimonios.

En el año del centenario de Fidel, un pequeño barquito sale de México con banderas palestinas para decirle al pueblo cubano que no está solo, un poeta pide su fusil para defender la patria, un grupo de niños canta una canción del poeta armado. Un pequeño barco y sus banderas, un poeta, una canción, un fusil, dicen de la fuerza de la belleza y el valor del sueño que se defiende contra todo imperio y sus guerras, contra todo cerco o cacería medieval. Hasta la victoria. ■

RENÉ RAMÍREZ GALLEGOS*



REDISTRIBUIR SIN TRANSFORMAR: CRISIS CIVILIZATORIA Y LÍMITES DEL PROGRESISMO

Vivimos en el tiempo del deterioro lento. No del derrumbe súbito, sino del desgaste silencioso. El salario que no llega, el contrato que no viene, la casa que no se puede pagar. Todo cede un poco, todos los días, hasta que el presente se vuelve un lugar donde ya no cabe el futuro.

La crisis actual ha sido comparada, con una insistencia casi ritual, con la de los años treinta. No es una comparación trivial: hay síntomas que se repiten —disputa hegemónica, ascenso de derechas autoritarias, fragilidad institucional, guerras latentes. Pero detenerse ahí es, en el mejor de los casos, pereza analítica; en el peor, una forma elegante de equivocarse con precisión.

Porque esta crisis no es sólo económica. Tampoco es sólo política. Es civilizatoria. No está en juego únicamente la reproducción del capital, sino la reproducción de la vida. Energía, agua, cuerpos, afectos, tiempo. No es una recesión: es una implosión del sentido; de la misma existencia.

* Economista, Doctor en sociología de la desigualdad, Universidad de Coimbra, Portugal. Profesor Universidad Nacional de las Artes y Universidad de Buenos Aires, Argentina. X: @compaiRene.

En los años treinta, el capitalismo encontró una salida. No fue espontánea: fue el resultado de luchas sociales, guerras, pactos forzados. El Estado intervino, redistribuyó, reguló. La fórmula keynesiana —ese compromiso inestable entre capital y trabajo— permitió recomponer legitimidad. El capital cedió para no arder.

Hoy las condiciones han cambiado de manera radical. No porque el capital haya aprendido a ser más justo, sino porque ha aprendido a gobernar de otra forma. Ya no necesita comprar la paz social del mismo modo. Puede tolerar la redistribución sin perder el control, siempre que el sentido del valor permanezca intacto. Ese es el problema.

El límite estructural del progresismo

Durante las últimas décadas, los gobiernos progresistas en América Latina lograron avances innegables: redujeron la pobreza, ampliaron derechos, restituyeron la dignidad de millones. Frente a la obscenidad neoliberal, representaron un giro histórico. Pero también alcanzaron un límite. No por falta de voluntad, sino por la profundidad del problema que enfrentaban.

Redistribuyeron, sí. Pero no tocaron el sistema que produce lo que se reparte. Porque repartieron bajo la misma lógica del valor. La agenda fue, en lo fundamental, una agenda de redistribución secundaria: transferencias monetarias, salarios, consumo. Se discutió cuánto y a quién, pero no qué se entiende por riqueza. Se disputó la distribución del ingreso, pero no la estructura que define qué cuenta como valor.

Y cuando el sentido no cambia, el sistema se adapta. Por eso el capital pudo tolerar —e incluso coexistir con— experiencias redistributivas. Porque mientras la riqueza siga siendo medida en términos de valor de cambio, mientras la vida siga subordinada al tiempo abstracto del mercado, la redistribución no altera el núcleo del problema. Puede suavizarlo, puede postergarlo, puede incluso dignificar la existencia. Pero no lo resuelve.

Porque el núcleo de la crisis actual no es distributivo. Es ontológico. Lo que está en disputa no es sólo la cantidad de riqueza, sino su definición. No basta con reparar mejor el tiempo alienado. Hay que disputar el sentido del tiempo mismo.
¿Para qué redistribuir relojes si nos roban el tiempo?

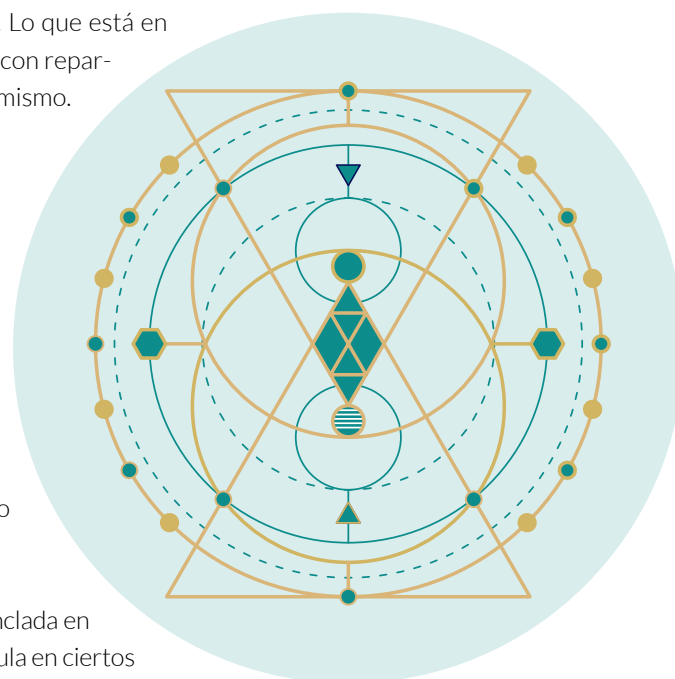
La desigualdad temporal y el legado colonial

Este es el punto ciego del pensamiento progresista. Se asume que la desigualdad es, fundamentalmente, una desigualdad de ingresos o de oportunidades. Pero esa es sólo la superficie. Debajo hay una estructura más profunda: una estratificación temporal.

Algunos tienen tiempo. Otros lo pierden. Algunos planifican el futuro. Otros sobreviven en un presente saturado. La desigualdad no es sólo económica: es temporal.

Y esa desigualdad tiene historia. Tiene geografía. Tiene cuerpo. Está anclada en la larga duración del colonialismo —no en el sentido trivial que hoy circula en ciertos

El problema no es que el colonizado no supo organizarse. El problema es que el colonizador organizó el mundo a su favor y reproduce el colonialismo hoy.



discursos, donde el problema parece reducirse a un déficit moral o institucional de los pueblos colonizados—. El problema no es que el colonizado no supo organizarse. El problema es que el colonizador organizó el mundo a su favor y reproduce el colonialismo hoy.

La riqueza —y con ella el tiempo— se distribuyó históricamente de forma asimétrica. Y esa distribución no desapareció con la independencia formal. Se transformó en colonialismo interno: en estructuras de propiedad, en jerarquías raciales, en divisiones territoriales. La riqueza es canal de transmisión de un legado histórico. De un tiempo robado que se vuelve herencia.

Por eso, incluso en contextos de crecimiento o redistribución, las brechas persisten. No se trata sólo de flujos de ingreso, sino de *stocks* de poder patrimonial acumulado en el tiempo. Los avances progresistas fueron importantes, pero insuficientes para revertir la concentración patrimonial histórica. Mejores que la derecha, sin duda. Pero todavía dentro de los márgenes del sistema.

La pregunta no es sólo quién reparte el pastel. Es qué pastel estamos horneando. Y para qué, entre quienes y para quién.

Reconfiguración del capitalismo y ascenso de las derechas

El neoliberalismo del siglo XXI no es el del siglo XX. Desde la crisis financiera de 2008, el sistema no ha logrado restablecer un ciclo de crecimiento sostenido. América Latina ha experimentado una década de bajo dinamismo, acompañada de precarización del trabajo y de transformaciones demográficas y ecológicas de gran alcance.

Las derechas no han triunfado únicamente por su capacidad discursiva. Han sabido interpretar las mutaciones en curso y construir una intervención política coherente con ellas. Su eficacia no radica sólo en lo que dicen, sino en que lo que dicen resuena con experiencias materiales concretas.

Uno de los errores más extendidos consiste en atribuir la expansión de las derechas a la influencia de los medios y las redes sociales. Las narrativas no se inoculan en un vacío: se sedimentan sobre estructuras materiales.

América Latina ha experimentado un proceso de desindustrialización prematura y la emergencia de la economía de

plataformas: una forma de inserción laboral caracterizada por la informalidad, la fragmentación y la autoexplotación. El empleador se vuelve difuso —una aplicación, un algoritmo— y el trabajador es reconfigurado como «emprendedor». La subordinación no desaparece, pero se internaliza.

Uno de los errores más extendidos consiste en atribuir la expansión de las derechas a la influencia de los medios y las redes sociales.

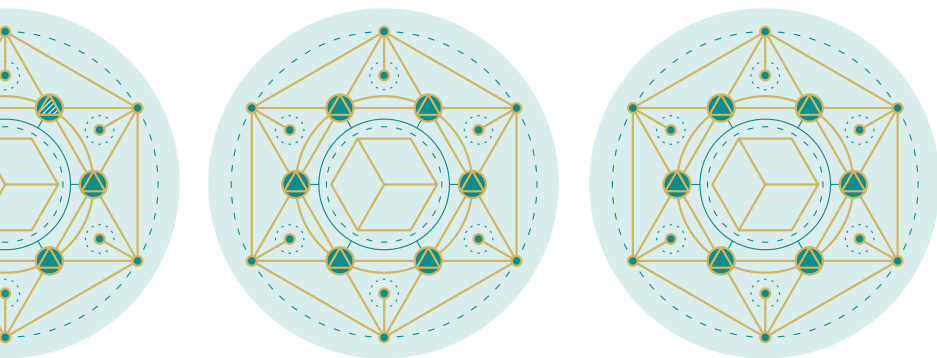
En este marco, la competencia ya no se organiza exclusivamente entre clases, sino entre sujetos que comparten condiciones materiales similares. El taxista contra el conductor de plataforma, el trabajador formal contra el informal. La lucha de clases tiende a ser sustituida por una lógica de pueblo contra pueblo. Esta fragmentación no es un efecto colateral, sino una condición funcional del nuevo régimen de acumulación.

Las derechas han construido narrativas que convierten la precariedad en mérito, la desigualdad en resultado de elecciones individuales y el conflicto social en una disputa moral entre «productivos» y «parásitos». En ese desplazamiento, la estructura desaparece y el enemigo se vuelve cotidiano.

A esto se suma la dimensión tecnológica. Las plataformas digitales no son meros canales de comunicación: son infraestructuras que configuran formas específicas de interacción social. Su lógica —basada en la personalización, la segmentación y la maximización del tiempo de uso— tiende a producir sujetos individualizados, con menor disposición a la deliberación colectiva. La izquierda ha buscado disputar el mensaje en plataformas diseñadas para fragmentar el lazo social. El resultado es previsible.

A esta reconfiguración se suma la expansión del narcocapitalismo, que en varios países de la región ha dejado de ser un fenómeno marginal para convertirse en una pedagogía de lo social. No sólo como economía ilegal, sino como forma de organizar la vida: jerarquías, lealtades, territorios, castigos. La violencia





deja de ser excepción para convertirse en mecanismo cotidiano de resolución de conflictos. La lógica amigo-enemigo se intensifica y la deliberación pierde centralidad. En contextos donde el Estado es percibido como ausente o capturado, esa pedagogía adquiere legitimidad. No se trata de un problema de seguridad: es una forma de orden que erosiona desde abajo las bases mismas de la democracia. Y que la izquierda, con demasiada frecuencia, ha preferido no nombrar.

La doble ilusión y el divorcio entre Marx y Gramsci

Buena parte de la izquierda se ha refugiado en una doble ilusión: la de la gestión técnica y la de la disputa simbólica desconectada de la materia. Ha olvidado que la subjetividad no flota en el aire. Se produce en condiciones concretas de vida. Gramsci sin Marx es apenas retórica. Y Marx sin materia es fábrica sin trabajadores.

El problema no está en las pantallas. Está en la estructura que hace que las pantallas organicen la vida.

La derechización contemporánea no puede explicarse fundamentalmente por la disputa comunicacional, sino por transformaciones materiales profundas que reconfiguran las condiciones de reproducción de la vida. La izquierda arrastra un desfase analítico: ha tendido a separar la disputa cultural de la economía política de la acumulación. Ese divorcio constituye hoy una de sus principales debilidades.

Hacia una política de la vida

La salida no puede ser ni nostálgica ni moderada. No se trata de repetir la fórmula del siglo XX. Pero tampoco de renunciar al Estado. El Estado, tal como está configurado, reproduce en gran medida la lógica del capital. Puede corregirla, amortiguarla, redistribuir sus efectos. Pero difícilmente puede, por sí solo, transformarla.

Frente a la fragmentación social, la pregunta por la unidad adquiere centralidad. Pero no se trata de una unidad abstracta.

La convergencia de luchas —feministas, ecologistas, indígenas, laborales— requiere un punto de articulación que permita reconstruir un horizonte común. Ese núcleo sigue siendo la lucha de clases, siempre que no se la reduzca al salario: en ella se inscriben también la opresión de género, la racialización del poder y la persistencia de la extracción colonial.

Para eso conviene mirar más atrás. Antes de la colonia. Antes del contrato social liberal. Antes de la ficción del individuo aislado. La democracia no nace en el Parlamento. Nace en la comunidad. En formas de organización donde la vida —no el valor de cambio— es el centro. Donde el tiempo no es mercancía, sino relación.

Democracia institucional sin democracia material es apenas administración de la desigualdad. Y redistribución sin cambio en el sentido del valor es, en el mejor de los casos, una tregua.

La radicalidad hoy no puede medirse sólo en términos de cuánto se redistribuye. Se mide en la capacidad de transformar qué se entiende por riqueza. De pasar del valor de las cosas al valor de la vida (buena). De romper con la lógica en la que todo lo que tiene precio tiene valor —y todo lo que no, desaparece.

La tarea implica reordenar la economía, la política, la cultura. Implica disputar el tiempo. Implica recuperar una mirada materialista que no se quede en la superficie de las disputas simbólicas. Implica volver a Marx —no como ejercicio doctrinario, sino como herramienta— y actualizar esa mirada incorporando las dimensiones ecológicas, tecnológicas y decoloniales que atraviesan el presente.

La pregunta, en definitiva, no es sólo cómo distribuir mejor lo existente, sino cómo producir de otro modo. No es sólo quién reparte, sino qué se reparte. Y para quién.

Si la historia ha sido, hasta ahora, la historia del tiempo expropiado, tal vez sea hora de que empiece a ser la historia de su recuperación. ■

MANUEL BERTOLDI*

AMÉRICA LATINA EN LA MIRA:

RECONFIGURACIÓN GEOPOLÍTICA Y SOBERANÍA POPULAR

Escenario global

El orden mundial contemporáneo atraviesa una mutación estructural que ha desplazado los ejes de la hegemonía global hacia una fase de agresividad militarista sin precedentes en este siglo, que hemos denominado como hiperimperialismo según el Instituto de Investigación Social Tricontinental. En este contexto, América Latina y el Caribe se sitúan no sólo como un reservorio de recursos estratégicos, sino como uno de los escenarios principales de una disputa de poder que ha trascendido la diplomacia tradicional para entrar en el terreno de la intervención militar directa y las guerras jurídica, cognitiva y económica sistemática (*law fare*, guerra híbrida).

La IV Asamblea Continental de ALBA Movimientos se proyecta, por tanto, como un espacio de reconfiguración estratégica para las fuerzas populares, de izquierda y progresistas en un momento donde el bloque imperialista liderado por Estados Unidos ha abandonado la simulación del universalismo para imponer una lógica de «hemisferio exclusivo» bajo su histórica Doctrina Monroe actualizada por el corolario Trump.

Caracterización del Hiperimperialismo y la Nueva Hegemonía Global

La etapa actual del imperialismo representa una fase decadente y extremadamente peligrosa donde el Norte Global actúa como un bloque militar, político y económico unificado bajo el comando de Washington. El gasto militar de este bloque



* Movimiento popular Nuestramerica. Coordinación política
Albamovimientos

representa más del 74% del total mundial, alcanzando cifras estimadas en 2.13 billones de dólares, lo que demuestra que la fuerza armada es hoy el principal mecanismo de disuasión y control frente al ascenso de economías emergentes del Sur Global, particularmente de China.

El hiperimperialismo se manifiesta a través del control de dos monopolios fundamentales de 5 planos para la construcción hegemónica global: Los tres primeros donde EEUU encuentra un escenario de disputa son el financiero (aunque sigue habiendo dominio del dólar y el sistema SWIFT), el tecnológico (propiedad intelectual y ciencia) y el de los recursos naturales. En donde EEUU no encuentra competencia es en el militar (red de más de 900 bases internacionales) y en la batalla cognitiva a través de los grandes medios de comunicación y las redes sociales.

La incapacidad del bloque occidental para mantener su primacía económica por vías de mercado ha provocado un retorno al uso de la “fuerza extraeconómica”, donde las sanciones, el *lawfare* y la intervención armada se convierten en herramientas de gestión política cotidiana. Esta dinámica ha generado un estado de alerta en los procesos soberanos de la región. La incautación de reservas extranjeras y el uso de sanciones contra el 31.5% de la población mundial confirman que el bloque imperialista percibe cualquier intento de autonomía como una amenaza existencial a su ordenamiento. En este marco, la soberanía de las naciones del Sur Global se presenta como un terreno en disputa donde la dignidad y la autodeterminación son los principales baluartes de resistencia.

El Punto de Inflexión: La Agresión del 3 de enero de 2026 en Venezuela

El 3 de enero de 2026 marca una ruptura categórica con los consensos diplomáticos del siglo XXI en el Hemisferio Occidental. La administración de Donald Trump ejecutó un ataque militar aéreo contra Caracas y otros puntos estratégicos de Venezuela, constituyendo el primer bombardeo estadounidense a un país sudamericano en la historia contemporánea. Esta operación, denominada “Resolución Absoluta”, no fue solo una acción punitiva, sino una demostración de fuerza tecnológica destinada a enviar un mensaje a todo el Sur Global.

Trump ha sido explícito al declarar que el objetivo de la intervención es convertir a Venezuela en una “colonia petrolera”, asegurando el acceso de las corporaciones estadounidenses a las mayores reservas de crudo del mundo y excluyendo a China y Rusia del mercado hemisférico.

Curiosamente, horas antes del ataque, Maduro se había reunido con el enviado especial de China, Qiu Xiaoyi, para discutir una inversión de 70,000 millones de dólares en 600 proyectos de desarrollo. El bombardeo interrumpió estos acuerdos, evidenciando que el hiperimperialismo utiliza la guerra para intentar detener la transición hegemónica. La captura de Maduro deja al chavismo en una encrucijada, poniéndolo en su más difícil prueba después de la muerte de Chávez.

La Doctrina Monroe opera, en este nuevo contexto, bajo una lógica binaria y coercitiva que busca alinear a los gobiernos regionales mediante incentivos financieros o amenazas militares. El Corolario Trump redefine el concepto de “América” no como un espacio compartido, sino como una extensión de los intereses corporativos de Washington.

“Resolución Absoluta”, no fue solo una acción punitiva, sino una demostración de fuerza tecnológica destinada a enviar un mensaje a todo el Sur Global.

Mapeo Regional: Los Bloques en Disputa

El continente se encuentra en una situación de reflujos y dispersión de las fuerzas populares, pero con focos de resistencia activa que determinan el futuro de la región. Nuestra articulación, ALBA Movimientos, caracteriza el escenario como una disputa abierta donde el “triángulo progresista” conformado por Brasil, México y Colombia juega un papel determinante para contener el avance de la extrema derecha y el neofascismo.

Este bloque de países representa hoy los procesos políticos que determinan en gran parte el futuro de la región. Sus gobiernos mantienen una orientación política afín a la construcción de una perspectiva soberana y constituyen tres de los cinco países con mayor producto bruto interno y más poblados del continente. La principal debilidad que enfrentan las fuerzas populares en los mismos es que carecen de proyectos políticos de mediano y largo plazo, con plataformas políticas de gobierno donde predominan las lógicas liberales promovidas por el sistema político, imposibilitando la consolidación de núcleos de comando estratégico, dependiendo mucho de las capacidades de cuadros o liderazgos individuales para batallar contra las lógicas de los estados liberales y una burocracia que se reproduce y funciona a partir de mantener ese status quo.

En términos de integración regional, los tres países antes mencionados han asumido posiciones ambivalentes en relación a la alianza con los países del ALBA produciendo una fractura y deterioro de confianzas entre los procesos, principalmente entre Brasil y Venezuela que afectó seriamente las perspectivas de integración. México, paradójicamente, a pesar de su condicionamiento político por la integración de su economía a la de Estados Unidos, ha mantenido posiciones más firmes desde una perspectiva soberana de autodeterminación y solidaridad con Venezuela y Cuba. Petro también ha mantenido posiciones ambivalentes con respecto a Venezuela siendo un país muy condicionado por los intereses de EEUU. El país del norte mantiene sus bases militares en territorio Colombiano, un factor de presión constante para el gobierno. Un elemento importante de la coyuntura en este año, es que tanto en Brasil como en Colombia nos enfrentamos a elecciones nacionales donde se va a poner en juego la continuidad de ambos procesos.

Un continente donde avanza la extrema derecha

En la mayoría de nuestros países hoy contamos con gobiernos de extrema derecha, pero a diferencia de lo que fue la ofensiva imperialista de los años 70 en el continente, las fuerzas popu-



lares y movimientos revolucionarios no hemos sufrido el nivel de persecución, asesinato y desmembramiento que sufrimos por aquellos tiempos. Si bien se ha perdido capital político, se ha retrocedido en organización popular y capacidad de movilización, existen pisos para nada despreciables para pensar en una estrategia de rearticulación de nuestras luchas y acciones.

Un elemento de primer orden a considerar es que la posibilidad de una derrota de las revoluciones cubana y venezolana significaría un retroceso incalculable para las fuerzas emancipadoras de nuestra región y el mundo. Cuba, asediada por un bloqueo recrudescido, sigue siendo el faro ideológico del internacionalismo y reserva moral revolucionaria, mientras que Venezuela resiste las presiones de Estados Unidos tras la decapitación de su gobierno el 3 de enero.

- *El fortalecimiento de la solidaridad con estos procesos es una tarea de primer orden que no admite ambigüedades.*
- *El fortalecimiento de los vínculos con sus partidos de gobierno y los diferentes actores clave de los procesos revolucionarios es fundamental para mantener la moral revolucionaria en la estrategia internacional*

- *La reconstrucción de la alianza entre el triángulo progresista y estos procesos es necesaria. Debemos pensar cómo hacer avanzar esta perspectiva desde la construcción de una agenda concreta para esto y la estimulación de diálogos entre actores clave para materializar los objetivos.*

Desafíos y Perspectivas de los movimientos populares. Orientación de trabajo

En este escenario, los movimientos populares, fuerzas políticas de izquierda y progresistas nos encontramos a la defensiva, en una situación de reflujo y dispersión de nuestras fuerzas. Sin embargo, Alba movimientos junto a otros actores continentales han podido mantener su dinámica de trabajo. Hemos crecido en referencia, construyendo legitimidad sobre todo a partir de las estrategias de formación política y las acciones de solidaridad. A pesar del escenario adverso, varias organizaciones del continente hacemos esfuerzos para construir unidad.

Hacia nuestra IV asamblea estamos en un proceso de reconfiguración orgánica de la articulación en la búsqueda de mayor efectividad política, de capitalizar mejor la referencia del proceso en pos del fortalecimiento de las perspectivas revolucionarias y la defensa de los procesos más radicales de la región.

Nuestras principales referencias estratégicas que nos han permitido articular la diversidad de fuerzas populares en el continente han sido la revolución bolivariana y sus organizaciones populares, la revolución cubana y sus diferentes frentes de masas y el Movimiento Sin Tierra de Brasil. A su vez, estos procesos también han permitido la consolidación ideológica de la herramienta y mantenimiento de la perspectiva revolucionaria en un contexto por demás difícil.

El gran desafío de nuestro proceso es que, a la vez de explicitar y profundizar nuestra orientación estratégica: la construcción del socialismo, avanzar en alianzas que permitan ampliar la acción en un gran frente anti-imperialista.

Producto de la ofensiva imperialista, las dificultades propias de las fuerzas progresistas y social demócratas por sus indefiniciones estratégicas, falta de radicalidad, y la ausencia de



Fotografía: [Via Campesina.org](http://ViaCampesina.org).

liderazgos fuertes, ha habido una dispersión de las fuerzas de izquierda. Muchos gobiernos se han perdido no sólo por las estrategias de *law fare* impulsadas por EE.UU., sino también por las limitaciones de los procesos políticos propios que no han podido consolidar bloques populares desde una perspectiva histórica de soberanía y autodeterminación. Esto ha ocasionado una pérdida del capital político y desorientación en términos de proyectos políticos a construir. La consecuencia es una balcanización de las estrategias nacionales y debilitamiento de los instrumentos de integración regionales.

Nuestra historia reciente de movilizaciones populares y conquista de gobiernos progresistas nos ha dejado enseñanzas sobre nuestros aciertos y debilidades en los avances regionales. Desde la campaña por los 500 años, donde comenzó un proceso de rearticulación de las fuerzas populares, hasta la campaña contra el ALCA, hay un referente muy importante para volver a iluminar nuestro camino. Una de las principales lecciones fue la articulación y alianza que lograron Chávez y Fidel con gobiernos que



Es necesario avanzar en una reflexión acerca de nuestros métodos de trabajo de base, de agitación, propaganda y estímulo de la movilización popular.

perseguían cierta autonomía regional con respecto a los intereses imperialistas sin diluir sus planteos estratégicos ni su radicalidad revolucionaria. Así fue como se fue gestando la estrategia de lucha contra el ALCA que se materializó en la derrota del tratado de libre comercio y permitió la creación de mecanismos de integración para atender las diferentes realidades y necesidades que había en la región (ALBA, UNASUR, CELAC, ampliación Mercosur, Banco del Sur, Sucre).

milancia que asuma al internacionalismo como pilar fundamental de nuestra estrategia política, como nos enseñó la revolución cubana. Consolidar y masificar la política de brigadas internacionales para cumplir tareas en procesos que identifiquemos claves para la consolidación de una perspectiva revolucionaria en nuestra región. En ese marco, la colaboración con el pueblo haitiano y sus organizaciones es prioridad, por lo que significa la lucha de ese pueblo para la historia de nuestro continente.

Algunas coordenadas hacia adelante

Mapeo y construcción a partir de nuestras herramientas

Reconocimiento e identificación mutua de fuerzas populares, organizaciones de masas, partidos de izquierda, fuerzas revolucionarias y actores clave en pos de construir una perspectiva de trabajo en términos de integración desde las bases. Necesidad de definir estrategias particulares para cada escenario nacional, con la flexibilidad que el contexto nacional requiera para avanzar en los objetivos. Utilizar para esto las diferentes herramientas que hemos construido e incluso generar otras de ser necesario. La perspectiva general tiene que ser el fortalecimiento de los procesos nacionales en clave de disputa del poder político en el plano de educación, cultura, comunicación, organización popular e institucionalidad, para la consolidación del poder popular.

Fortalecimiento de relaciones institucionales

Otro plano a trabajar es el fortalecimiento de las relaciones y articulaciones institucionales para hacer avanzar proyectos concretos en ejes estratégicos para la integración como soberanía energética, alimentaria, hábitat y defensa de la naturaleza.

Nacionalizar el internacionalismo

El gran desafío en términos cualitativos de nuestro proceso pasa por construir una estrategia para nacionalizar una perspectiva internacionalista en nuestros países. Construir una

Trabajo de base y movilización popular

Es necesario avanzar en una reflexión acerca de nuestros métodos de trabajo de base, de agitación, propaganda y estímulo de la movilización popular. Debemos hacer una reflexión crítica de nuestras herramientas políticas y métodos de trabajo al calor de la transformación que está sufriendo la clase trabajadora y la guerra cognitiva. Es necesario también rescatar aprendizajes de nuestras experiencias que están siendo exitosas, las cuales son muchas a lo largo y ancho del sur global.

Radicalidad de nuestro proyecto político

No podemos dejar la radicalidad a las expresiones política de la derecha. La perspectiva revolucionaria debe ser una bandera de las fuerzas de izquierda y progresistas. Históricamente lo fue. Asumimos una posición conservadora, defendiendo el statu quo de un estado liberal que está profundamente en crisis frente al avance y fuerza del capital transnacional. Es por eso que la construcción de horizontes de ruptura con el sistema hegemónico son necesarios. Para nosotros y nosotras, la construcción del socialismo hoy, es urgente.

Rumbo a nuestra IV asamblea continental, reafirmamos que es posible avanzar en estrategias de integración. Los últimos años han sido por demás dinámicos y todo indica que ese dinamismo va a continuar frente a la ofensiva imperialista y la resistencia de nuestros pueblos. Lo cual torna al escenario impredecible, con graves peligros, pero también oportunidades si logramos acertar con nuestra política. ■

ANA PRISCILA ALVES Y TICA MORENO *

UN FEMINISMO POPULAR E INTERNACIONALISTA, ARRAIGADO EN LOS TERRITORIOS

Vivimos tiempos de resistencia como pueblos, como izquierda. Para las mujeres, son tiempos en los que tenemos que hacer malabarismos para atender las necesidades de cuidado y sustento de la vida y hacer frente a la violencia contra nuestros cuerpos y territorios, y contra nuestra autoorganización feminista como sujeto político colectivo.



Fotografía: Cintia Barenho MMM-RS/CEA/ Flickr. CC BY-NC-SA 2.0

Ante la renovada ofensiva imperialista sobre nuestro continente, el movimiento de mujeres se moviliza y convoca a expresar resistencia y solidaridad. Esto es lo que hemos visto desde el 3 de enero de 2026, pasando por movilizaciones significativas el 8 de marzo que situaron en el centro de la lucha feminista la confrontación de las mujeres con el imperialismo, la violencia y las políticas de ajuste que generalizan la precariedad de la vida, en diferentes países.

* Integrantes de la Coordinación Nacional de la Marcha Mundial de las Mujeres en Brasil.

El feminismo popular tiene el reto de actualizar el análisis sobre este momento histórico y construir estrategias de organización y de lucha capaces de transformar la solidaridad y la movilización en una organización permanente para acumular fuerzas en la construcción de un proyecto transformador. Afirmando la lucha contra el capitalismo y las guerras, y la defensa de las soberanías populares y del buen vivir, los logros de la Marcha Mundial de las Mujeres —en su sexta acción internacional realizada en 2025— son como un hilo conductor de las reflexiones sistematizadas en este artículo, situadas en nuestra experiencia como militantes en Brasil.

Conflicto entre el capital y la vida

Las guerras y los conflictos actuales están interrelacionados: el imperialismo en decadencia se vuelve aún más peligroso ante la crisis estructural del capital. Analizamos esta crisis en sus múltiples dimensiones, comprendiendo la totalidad del conflicto del capital contra la vida —contra sus condiciones de posibilidad. La alianza entre Estados Unidos e Israel durante el genocidio en Palestina y, más recientemente, en la guerra en Irán y la agresión al sur del Líbano, configura la marca de la actual ofensiva militar del imperialismo, que arrastra consigo a una Europa subordinada.

Pero la lógica de la guerra no se limita a los campos de batalla de Oriente Medio o África, sino que también se materializa en las periferias, como por ejemplo en Brasil, donde las intervenciones de la política militar convierten a la población negra en blanco permanente de la violencia. No es casualidad que el discurso movilizad por los gobernadores de la derecha brasileña califique a las facciones presentes en las periferias de narcoterroristas, alineándose con la reciente estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos que anunció el objetivo político de controlar América Latina como su territorio subordinado en todas las dimensiones.

La defensa de Venezuela y de Cuba ocupa hoy el centro de la solidaridad de las mujeres en América Latina. Transformar las expresiones de solidaridad en una fuerza organizada para derrotar al imperialismo es nuestra tarea histórica como generación política.

Un punto de unidad del feminismo popular en diferentes partes del Sur Global ha sido la resistencia al avance de las empresas transnacionales. Las mujeres se movilizan contra el avance del agronegocio, la contaminación y la privatización de las aguas, y la minería. También denuncian los efectos del capitalismo verde en sus territorios, cuando se reconvierten los usos de la tierra, y lo que era territorio de la agricultura campesina y familiar, en base para la producción de energía eólica y solar que no beneficia a la población local.

El desafío de construir resistencia y terreno de lucha en los procesos de reconfiguración de la vida y del mundo del trabajo en la era digital es también un planteamiento de las mujeres. La “plataformización” del trabajo profundiza su división sexual y alcanza el ámbito doméstico; la extracción continua de datos, que se convierte en modulación del comportamiento, renueva los procesos de mercantilización y biomedicalización de los cuerpos de las mujeres. Las grandes empresas tecnológicas que hoy, junto con el poder bélico-militar, están integradas en la ofensiva imperialista de Estados Unidos contra el Sur Global, son también protagonistas de la guerra distribuida contra las mujeres.

Un punto de unidad del feminismo popular en diferentes partes del Sur Global ha sido la resistencia al avance de las empresas transnacionales.

Límites y retos del movimiento de mujeres

El movimiento de mujeres ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Debemos comprender los logros del feminismo en el continente, así como las trampas, las reacciones y las disputas actuales (muchas de ellas, en nombre de las mujeres). Esta es una tarea colectiva. El momento actual se ve agravado por una escasa capacidad de articulación, movilización y lucha de los movimientos sociales y, por lo tanto, de menor resistencia organizada, lo que significa que hay más mujeres solas que se enfrentan, individualmente, a los efectos de la crisis estructural.

Si hace dos décadas, en la lucha contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), las mujeres lograron afirmarse como sujetos de la economía —rechazando la lógica neoliberal que pretendía aislar nuestras demandas, retirándolas de la esfera distributiva y de la lucha política general, y transfiriéndolas al sector social de las políticas focalizadas y de la compensación—, hoy esa construcción de un sujeto político —feminista y popular— adquiere nuevas formas e impulso en las trincheras de la reproducción social. Las mujeres organizadas están en las ollas populares, en las comunas, en las cocinas solidarias y en los territorios de producción agroecológica.

Tras la pandemia de la COVID-19, se produjo, en cierta medida, un reconocimiento público y político del cuidado como algo necesario para sustentar la vida. Este reconocimiento culminó en sistemas y políticas nacionales de cuidados que establecen la noción del cuidado como un derecho —tanto de quien cuida como de quien es cuidado. Sin embargo, incluso en los contextos de gobiernos progresistas, como Brasil, Uruguay o México, lo que hemos logrado en las leyes choca con la disputa sobre el destino de la inversión pública. Es decir, quedan como proyectos piloto, sin capacidad para reorganizar efectivamente los procesos sociales de responsabilización sobre los cuidados, en el sentido de superar la división sexual y racial del trabajo.

Esto es, sin duda, una limitación y una expresión de la escasa capacidad de los proyectos de izquierda actuales, como en Brasil, para avanzar en transformaciones estructurales. La limitación es la gestión social de un Estado organizado para el capital. La austeridad es la respuesta histórica del capital a sus crisis: retira derechos, desmantela los servicios públicos y transfiere a las familias —y dentro de ellas, a las mujeres— el coste de mantener la vida. En el caso de los cuidados, esto se materializa en soluciones que pocas pueden permitirse en el mercado (educación y salud privadas, comidas rápidas y ultraprocesadas, niñeras y cuidadoras sin derechos). Para la mayoría de las mujeres trabajadoras, esto significa un aumento de la demanda de tiempo y de trabajo doméstico y de cuidados no remunerados que, en el ámbito familiar y comunitario, constituyen un colchón para amortiguar los impactos de la violencia y la precariedad de la vida sobre la clase trabajadora.

Entre las mujeres jóvenes existe, sí, una mayor idea de libertad en relación con el cuerpo y la sexualidad. Su visión contrasta con la misoginia fomentada entre los niños y los hombres jóvenes,



un contraste y un conflicto de este momento histórico. Además, hay una ofensiva violenta que demuestra cada día que la libertad y la autonomía no son sólo ideas que pueden concretarse individualmente, sino que exigen condiciones sociales para su realización colectiva.

La extrema derecha es patriarcal y racista, disputa el Estado y la vida cotidiana, buscando reconfigurar las violencias y reforzando la misoginia. En 2025, en Brasil, mientras cuatro mujeres eran asesinadas al día, los grupos de hombres contra las mujeres en las redes sociales se multiplicaron, los contenidos misóginos se viralizaron y fueron monetizados. La violencia en todas sus formas es un instrumento de control y disciplinamiento de los cuerpos y del trabajo de las mujeres. Forma parte del refuerzo de un ideal de familia heteronormada que está muy lejos de la realidad de las familias de la clase trabajadora: diversas y cada vez más sostenidas por mujeres. Y precisamente esta noción de familia es constitutiva de la reacción patriarcal que es uno de los pilares de la extrema derecha articulada internacionalmente.

Ante la magnitud del poder del capital, en su expresión fascista, ¿en qué podemos anclarnos, si no es en los territorios y en los procesos que producen la vida y que podemos controlar? Sabemos que las mujeres están en primera línea de la defensa de los procesos de soberanía popular en el continente, que ponen sus cuerpos para frenar el avance de las transnacionales sobre los bienes comunes. Esto no es casualidad: la capacidad de transformación de las mujeres reside en el control colectivo de la producción de las condiciones de posibilidad de la vida. Son estos los flujos, los trabajos y los procesos que debemos controlar.

Si bien el capital pretende ser totalizador, existen esferas donde su lógica no es hegemónica. Reconocer y potenciar las experiencias populares, organizadas desde la lucha cotidiana por sostener la vida, es una apuesta de construcción feminista y popular porque estas acciones están orientadas hacia lo colectivo, en tiempos de extremo individualismo y fragmentación. Construyen y reconstruyen vínculos, redefinen las fronteras entre los espacios privados y públicos mientras ocupan los territorios para producir biodiversidad y vida en común.

Con el objetivo de proyectar **una economía de reproducción ampliada de la vida que se enfrente a la reproducción ampliada del capital**, un punto clave en la elaboración de nuestra agenda política es, en realidad, construir horizontes que partan de

El feminismo nunca ha sido, ni es ahora, sólo un discurso, una narrativa o un comportamiento. Es un movimiento que construye estrategias y lucha a partir de un sujeto colectivo autoorganizado.

estas experiencias comunitarias alternativas y se amplíen. Son embriones de la sociedad por la que luchamos, pero es necesario partir de estas realidades para proyectar el mundo que queremos construir: socialista y feminista.

Como insistía Nalu Faria: estas son experiencias que alteran el tiempo presente y, al mismo tiempo, apuntan hacia la posibilidad de transformación. Son apuestas por ampliar las fronteras de lo posible. Esta es una estrategia de construcción de movimiento y, por lo tanto, de fuerza.

El feminismo como sujeto colectivo organizado

El feminismo nunca ha sido, ni es ahora, sólo un discurso, una narrativa o un comportamiento. Es un movimiento que construye estrategias y lucha a partir de un sujeto colectivo autoorganizado. El feminismo popular se enfrenta a las corrientes liberales forjando una organización colectiva, con el reto de que dicha organización tenga continuidad y se amplíe.

En la Marcha Mundial de las Mujeres, apostamos simultáneamente por la autoorganización de las mujeres y por las alianzas con movimientos populares mixtos como camino para la construcción de sujetos colectivos con capacidad de resistir, pero sobre todo movimientos imbuidos en la tarea histórica de transformar este mundo. La materialización del internacionalismo en la solidaridad y las luchas por la soberanía de los pueblos, la economía feminista, la agroecología y la autoorganización son nuestras herramientas para resistir, albergar esperanza y proyectar un socialismo feminista. Fortalecer los procesos de convergencia, de rebeldía, de organización y, sobre todo, de lucha popular son nuestras apuestas para forjar las nuevas síntesis necesarias que respondan a los desafíos de nuestro tiempo. ■

MAGDIEL SÁNCHEZ QUIROZ*

PROBLEMAS Y DESAFÍOS DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES

EN UN CAMBIO DE ÉPOCA

Cambio de época

Actualmente existen suficientes indicios para afirmar que estamos en una transición epocal. Los sucesos más recientes como el corolario trumpista a la Doctrina Monroe, el secuestro de Nicolás Maduro y Cilia Flores, la nueva ofensiva contra Cuba, el genocidio en Palestina y la resistencia de ese país, la Guerra de Israel y Estados Unidos contra Irán y el eje de la resistencia, son los sucesos más inmediatos y evidentes de algo más profundo que está ocurriendo en las estructuras de la sociedad.

Las formas en que se configuraba el orden capitalista global se derrumban, sin que esto signifique el fin del capitalismo. Dentro de los rasgos estructurales de este cambio epocal señalamos los siguientes: 1) La incapacidad de los Estados para frenar o contrarrestar la devastación ambiental, viviendo ya un tiempo marcado por los impactos sociales del calentamiento global. 2) Los indicios de una estancación económica de inéditas magnitudes. 3) La imposibilidad de sustituir el patrón de combustibles fósiles con energías alternativas en medio de



* Filósofo y latinoamericanista mexicano, integrante del colectivo Casa Tecmilco.

guerras por petróleo y de un consumo irracional de energía. 4) La falta de confianza en la política y la ausencia de formas legítimas y eficaces de velar por el bien común. 5) La incapacidad de los Estados para garantizar el derecho de existencia de las generaciones futuras. 6) La disolución de la certeza de que el trabajo y la educación permiten el ascenso social y la superación personal y humana. 7) La incapacidad de los Estados para garantizar las condiciones mínimas de reproducción de la fuerza de trabajo. 8) El predominio de la necropolítica por sobre la política. 9) La proliferación de las guerras como guerras totales y permanentes a todas las escalas de la vida. 10) El fin de la ONU y la Corte Penal Internacional como mecanismos inter estatales capaces de arbitrar la relación entre Estados. 11) La decadencia del imperialismo norteamericano y las guerras por su supervivencia. 12) La emergencia de una multipolaridad no anti capitalista. 13) La posibilidad del fin del patrón dólar ante la guerra en el este de Asia. 14) Las aceleradas transformaciones culturales, producto de la Inteligencia Artificial, que alteran las formas de pensar e interactuar entre humanos.

Problemas de la acción política

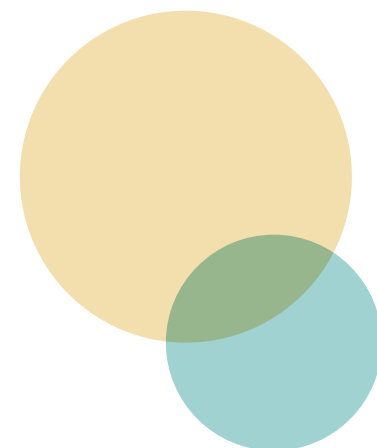
Ante ese escenario que ocurre a un ritmo sumamente acelerado que dificulta construir puentes intergeneracionales, los movimientos populares nos vemos obligados a repensar nuestras formas de organización y acción, para hacer que este cambio epocal pueda tener otro destino que no sea el de la aniquilación humana.

Venimos de una tradición que nos planteó leer los tiempos cómo crisis. Nuestros diagnósticos inician siempre identificando el momento de la crisis como *el último, el más grave, el más agudo*. La explicación general de una crisis multidimensional o civilizatoria nos ha ayudado mucho para comprender cómo todos los órdenes de la vida social deben ser cambiados, pero tenemos que ser más cuidadosos a fin de que dicha caracterización no pierda sentido.

Consecuentemente, tenemos que tener claro que lo que solemos llamar crisis civilizatoria es propio de la modernidad capitalista occidental y no de lo humano en general. Por ende, desde occidente, la superación de esta crisis reclama una liberación y refundación de nuestro propio proceso civilizatorio. Nuestras bases están en los pueblos originarios y en las prácticas anti capitalistas que se han forjado a contracorriente de la civilización dominante. Se trata de asumir la primacía de lo político como base del cambio social, pero tomando distancia de la política tal cual se ejerce en el terreno de la modernidad capitalista.

En las últimas décadas, una tendencia prevaeciente en los movimientos populares fue apostar a la lucha política en los marcos establecidos por la burguesía. En algunos casos se abrieron grietas y se lograron mejoras sociales, pero predominantemente a costa de renunciar a la organización autónoma. Sus políticas favorables a los sectores populares se basaron en la individualización de los programas sociales, financierizando los apoyos, desarticulando la organización popular y saqueando los bienes naturales.

Obnubilados por el llamado “giro progresista” se extendió la confianza en que, después de ellos, vendríamos nosotros. Sus actuaciones, contrarias a lo esperado, fueron leídas por los sectores populares como una traición y no como el problema de una correlación de fuerzas adversa, según quisimos justificar. Se hizo poca crítica de los gobiernos anti neoliberales por temor a hacerle juego a la derecha. No logramos captar las formas en que el capital se reorganizaba para arremeter



Los movimientos populares nos vemos obligados a repensar nuestras formas de organización y acción, para hacer que este cambio epocal pueda tener otro destino que no sea el de la aniquilación humana.

con más fuerza. Por ende, después de ellos, regresó la derecha o la ultraderecha con rostros aggiornados.

Limitando la reflexión a la extensión posible en estas páginas, señalamos la necesidad de generar espacios de debate que abunden en torno a esto. Por ahora, damos un giro en el texto para apuntalar algunos desafíos para la acción de los movimientos populares frente a este gozne histórico. Los consideramos apremiantes, aunque sin duda, no son los únicos.

Desafíos para la acción

Hacer sólo política institucional si nos permite acumular fuerzas, pero no creer que con ella lograremos cambios sustantivos. Aunque las personas participan en las elecciones, no van en busca de una alternativa, sino resignadas a elegir el mal menor, lo asumen como un intercambio mercantil más, votan para recibir algo a cambio. En estos espacios corremos el riesgo de poner nuestra fuerza al servicio de un proyecto distinto al nuestro.

Polarizar la política desde la lucha de clases. Nos espanta la polarización. Repetimos los credos liberales de que la política debe ser el justo medio, pero para la izquierda siempre ha sido clave hacer evidentes las contradicciones de la sociedad, construir un polo propio para quebrar los equilibrios de poder burgueses y construir un proyecto de cambio radical desde la clase opuesta.

Desonenegizar a los movimientos. La necesidad de obtener recursos nos llevó a amoldar nuestros discursos a los financiadores y a consumir privilegiadamente los materiales de quienes logran tener recursos para difundir sus ideas, casi siempre gracias a financiadores con objetivos distintos a los nuestros. Necesitamos formas de generar recursos propios, pero también valorar más el trabajo que se hace sin recursos, alentarlos y reconocerlos como una fuente de valor anti capitalista.

Anteponer el internacionalismo a la diplomacia. Erróneamente, en el terreno internacional hemos actuado muchas veces imitando las formas diplomáticas. La diplomacia es propia de los Estados y la hacen para negociar en condiciones de fuerza entre ellos. Las iniciativas de los últimos años como CELAC y ALBA son muy importantes, son parte de un acumulado cultural de los pueblos, pero estamos obligados a replantear cómo

incidimos en ellas en tanto movimientos. No nos corresponde la diplomacia, sino el internacionalismo, esa práctica rebelde ejercida por los pueblos a lo largo de la historia que trasciende a los Estados y no está hecha para negociar, sino para fomentar procesos de liberación, desde abajo y entre iguales.

Repensar las formas de lucha y combinarlas creativamente. Es evidente que hoy no existen condiciones para la lucha armada, pero la lucha electoral ha mostrado también su incapacidad para lograr cambios sustanciales, sobre todo cuando ella es determinada cada vez más, por poderes facticos del capital. Tenemos que defender la paz y garantizar la existencia de nuestros procesos, pero sin hacer concesiones a un pacifismo pasivo y desmovilizador. Tampoco podemos promover la violencia en una población agobiada por el terrorismo de Estado. Tenemos que redefinir rumbos creativos que partan de la desobediencia a las leyes de la política burguesa y a la violencia del capital.

No somos influencers, somos organizadores populares. Hemos sacrificado mucho las formas organización populares tratando de

emular a los referentes mediáticos dominantes, olvidando que el impacto que ellos tienen es, en gran medida, producto de ser consecuentes con el capitalismo bajo sus códigos culturales y su patrón tecnológico. Sin renunciar a las herramientas tecnológicas, tenemos que priorizar el encuentro, el pensamiento crítico y las formas de organización popular. El valor de un encuentro cara a cara, de ocupar las calles con una movilización es más trascendente que el que se gana con “likes” y “repost”, aunque sea más difícil concretarlo.

No apostar a fomentar el miedo por el avance del fascismo, sino la esperanza de que podemos derrotarlo. Sin duda vivimos tiempos muy duros, el temor permea en los sectores populares, pero resulta iluso creer que el temor va a movilizar a la gente, porque el fascismo avanza difundiendo el miedo. Tenemos encontrar formas para alimentar la esperanza en que podemos enfrentarlo y vencerlo.

Recuperar el socialismo como proyecto e identidad. Las tareas que cotidianamente hacemos van en la perspectiva de la acumulación de fuerzas, pero olvidamos concatenarlas y subordinarlas al proyecto de cambio. La fuerza y el proyecto tienen que estar unidos en una estrategia para poder ser. También para evitar que otros proyectos se apropien de nuestra fuerza. En esto

Tenemos que defender la paz y garantizar la existencia de nuestros procesos, pero sin hacer concesiones a un pacifismo pasivo y desmovilizador.

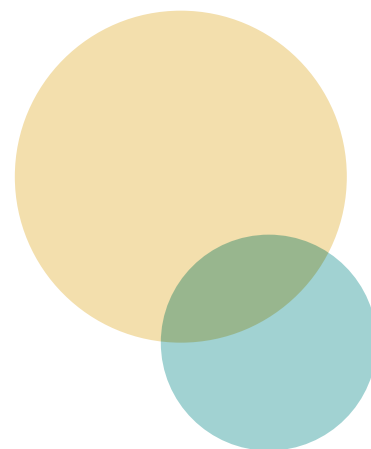
tenemos que recuperar la tradición del socialismo latinoamericano y caribeño. Ninguna región del mundo como la nuestra logró tener tantos aportes en ese sentido en los últimos doscientos años, pero el colonialismo mental contemporáneo, bajo su mote de *sur global* ha sembrado grandes confusiones entre nosotros.

Defender una política comunal. No se trata de una moda, sino de los principios civilizatorios de nuestros pueblos originarios y que las revoluciones latinoamericanas han recuperado. Tenemos que rescatar primordialmente esta práctica política que, de suyo, es la base de una propuesta civilizatoria alterna. Implica asumir una política que pone en el centro el cuidado de lo común (humano y natural), una forma de poder arraigada a los territorios y la recuperación de las prácticas populares para enfrentar los problemas, llegar a acuerdos, delegar tareas y ejercer poder en lo inmediato, sin postergar los cambios al momento posterior a la *toma del poder*.

Debemos combinar autonomía, rebeldía y revolución en un solo proceso. Predominó mucho en la tradición de izquierda que teníamos que optar entre reforma o revolución, casi siempre nos inclinamos por las reformas, aunque los revolucionarios que admiramos nunca asumieron este par como contrapuesto. Aprovecharon la vía reformista cuando pudieron, pero siempre fueron revolucionarios.

Ante el cambio epocal, sin renunciar a la posibilidad de reformas, debemos privilegiar, como parte de un mismo proceso, la creación de autonomías –políticas, económicas, culturales e ideológicas, la *rebeldía* –como la práctica subversiva ante los dictados del capital en todos los órdenes de la vida– y la *revolución social y total*, como el proceso que han ido afinando los oprimidos, dominados y explotados de todos los tiempos para acabar con todas las formas de dominación.

De las luchas dependerá que a la distancia rememoremos este cambio epocal como aquel en que, pese a los diagnósticos dominantes, los pueblos peleamos y cambiamos el rumbo de la historia. ■



DANIEL INCLÁN*

GOBERNAR A TRAVÉS DE LA VIOLENCIA



Los conceptos de la clase dominante son el perpetuo espejo con el cual se ha logrado formar una imagen de “orden”.

WALTER BENJAMIN, OBRA DE LOS PASAJES

Genealogía de una invención

Desde hace tres décadas se instaló en las políticas públicas globales un problema que en lugar de resolverse se agudiza con el paso del tiempo: la violencia. Todo empezó en la vuelta de siglo, en el momento de resolver las ruinas de la guerra fría. El establecimiento mundial del modelo neoliberal implicó varios ajustes en todos los campos, no sólo en el económico y político; también el control social requirió de mudanzas que hicieran posible la recomposición del poder de clase y la nueva racionalidad. La disolución de la conflictividad contra una amenaza comunista, transitó hacia la construcción de una nueva enemistad: la delincuencia criminal, el paradigma de la violencia. Desde entonces, la lucha contra la violencia y la criminalidad son parte de la renovada razón de estado en la mayoría de los países del mundo.

* Investigador del Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El punto de partida es 1994, cuando el Programa de Naciones Unidas para el desarrollo en su **Informe anual sobre el Desarrollo Humano** definió “las nuevas dimensiones de la seguridad humana”. La seguridad dejó de ser un problema territorial y se convirtió en un problema personal, definido, entre otras cosas, por la ausencia de violencia. La violencia se anunció como resultado de un “desarrollo humano fallido o limitado, [lo que] provoca un aumento de la privación humana, la pobreza, el hambre, la enfermedad” (p. 27). Un año después, en la **Primera declaración de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo**, se afirmó que la violencia, en todas sus expresiones, constituye una “amenaza fundamental” para la sociedad, al ser un “factor de desintegración”; resultado de “la delincuencia, el problema de las drogas ilícitas y el uso indebido de drogas” (pp. 77, 18 y 86). En esa misma dirección, en 1996, la **Organización Mundial de la Salud**, en su 49ª asamblea, señaló a la violencia como “una prioridad de salud pública”; para lo que era necesario establecer políticas para “prevenir y mitigar”; al igual que una enfermedad, la violencia requiere atención nacional e internacional (p. 2). Finalmente, en 1997, el **Banco Mundial, en su Informe sobre el Desarrollo Humano**, afirmó, por primera vez, que la violencia era un freno para el desarrollo. La violencia se definió como expresión del “síndrome de ilegalidad”, resultado de “la debilidad y arbitrariedad de las instituciones estatales”, lo que, a su vez, crea un “círculo vicioso de pobreza y subdesarrollo” (pp. 4 y 17).

A partir de estos posicionamientos, la violencia dejó de presentarse como un proceso material, en particular como resultado de acciones entre ejércitos o grupos políticos; en cambio, empezó a concebirse como una relación entre personas individuales en medio de “debilidades institucionales”. Estas perspectivas, aparentemente inconexas, sentaron las bases del sentido común dominante para definir a la violencia: un acto patológico de personas sin valores, que generalmente son consumidoras de sustancias tóxicas, que viven en situaciones de pobreza y

La violencia se anunció como resultado de un “desarrollo humano fallido o limitado, [lo que] provoca un aumento de la privación humana, la pobreza, el hambre, la enfermedad”.

experimentan falta de oportunidades, como resultado del fallido funcionamiento de las instituciones y del desgarramiento social. La respuesta: prevenir y erradicar por todos los medios posibles, en especial los policiacos, con acciones multiescalares, desde lo local hasta lo transnacional. A partir de entonces, la violencia se entiende como una patología social, producto de personas anormales, que existen por los defectos de los marcos normativos y por la ausencia de igualdad de condiciones para competir en el mercado.

Imposición de políticas mundiales

Al igual que los grandes proyectos globales, las medidas contra la violencia se construyeron con éxito en las metrópolis. Así como el modelo neoliberal se ensayó en la reorganización espacial de Nueva York (Harvey, 2007), el modelo policiaco internacional tomó como paradigma el ejercicio británico construido en la década de los años setenta del siglo xx, en el que se combinaron las acciones mediáticas con el incremento de medidas punitivas. La “ley y el orden” fueron perfectos distractores de la crisis económica que se expandía aceleradamente; no se vigilaba el crimen, se vigilaba y gestionaba la crisis del sistema (Hall *et. al.* 2023). La experiencia inglesa sentó las bases de las formas contemporáneas del estado de excepción y del autoritarismo neoliberal: suspender los derechos colectivos para defender los derechos de la propiedad y los individuos. Una amenaza espectral permitió el tránsito de las relaciones políticas para construir consensos, más o menos amplios, hacia lógicas de coerción y control centradas en la individualidad.

La creación imaginaria de una nueva amenaza privilegia su combate antes que preguntarse por sus funciones sociales. Para asegurar el éxito de la nueva lucha en defensa de la propiedad y la libertad individual, es fundamental la participación de la comunicación de masas y de las industrias culturales, con el fin de fomentar y alimentar un pánico moral, basado en percepciones falsas y exageradas. Las construcciones mediáticas sirven como justificación de las medidas “ejemplares” que tanto el poder judicial como las policías deben diseñar y ejecutar para garantizar la seguridad individual.

La división de la sociedad entre delincuentes malos y “personas de bien” sienta las bases para que se acepten y se pidan voluntariamente medidas de control y vigilancia, sin importar que limiten los derechos sociales ganados. La condición de pasmo generalizado (miedo y parálisis) otorga a las políticas policiacas un amplio margen de acción: la mano dura, que se presenta

como necesidad contra el crimen, transita de la defensa de la “seguridad humana” a la represión de disidencias políticas y la vigilancia generalizada. “Es por su seguridad” (*It's for your own safety*), es la frase que sintetiza la promoción, expansión y aceptación de medidas coercitivas.

Pero la construcción de toda amenaza necesita materializarse y encarnar. La violencia y la delincuencia devienen expresiones de cuerpos pobres, de cuerpos jóvenes, de cuerpos migrantes, de cuerpos anormales y patologizados, lo que permite que se instalen nuevos mecanismos de clasificación y ordenamiento social. El combate a la violencia es el combate contra ciertos segmentos sociales estereotipados, que se exponen como la no-parte de la sociedad. Por ello es necesario “anticiparse” a su acción, mantener una vigilancia constante y, de ser necesario, romper los marcos jurídicos generales para asegurar la ley que protege a la propiedad y libertad individual.

La contraproductividad de una “lucha” mundial

El control selectivo de poblaciones mediante la ampliación de policías de proximidad (que no acuden a atender un siniestro, sino que deben prevenir su existencia), resultó contraproducente: generó el efecto opuesto a sus objetivos manifiestos. La criminalidad y la violencia no se han reducido en los últimos treinta años en el mundo, han multiplicado sus formas y la letalidad de sus acciones.

Esto no es una paradoja, es expresión de lo que los discursos dominantes (y sus aceptaciones críticas globales) ocultan sobre la violencia: su dimensión económica estratégica. La violencia no es producto de una falla de las instituciones o de las condiciones de pobreza de segmentos poblacionales, es una vía para asegurar el funcionamiento del capitalismo desenfrenado. Las múltiples manifestaciones de la violencia permiten un control acelerado de territorios y una gestión de poblaciones con bajos costos políticos. Los efectos devastadores son atribuidos al crimen, y aunque los estados deben reconocer parte de su culpa, no es resultado de su hacer, sino de su inacción.

Más que ausencia de estado de derecho, la multiplicación de las formas de violencia responde a una transformación de las estructuras jurídicas, en especial a la ampliación de las zonas grises, esas áreas de indistinción en donde no es claro dónde termina lo legal y donde empieza lo ilegal, donde acaba lo formal y donde inicia lo informal. Esta creciente geografía grisácea es clave para la acumulación de capital, porque permite flujos de dinero de las periferias hacia las metrópolis: los recursos ilícitos tienen que ingresar al sistema financiero legal para ser estrictamente capitalistas. Además, permite que se generen mecanismos efectivos de extracción de la riqueza social y ecosistémica de las periferias hacia los centros: en las periferias se generan los trabajos y servicios violentos, que permiten el despojo de los bienes naturales, mientras que en las metrópolis se consumen las mercancías ilegales y se lavan los recursos ilícitos. En el caso de las formas de violencia en las metrópolis, sirven para permitir mecanismos de ordenamiento social basados en políticas de exclusión de grupos migrantes y sectores empobrecidos, acompañadas de prácticas generalizadas de vigilancia y control.

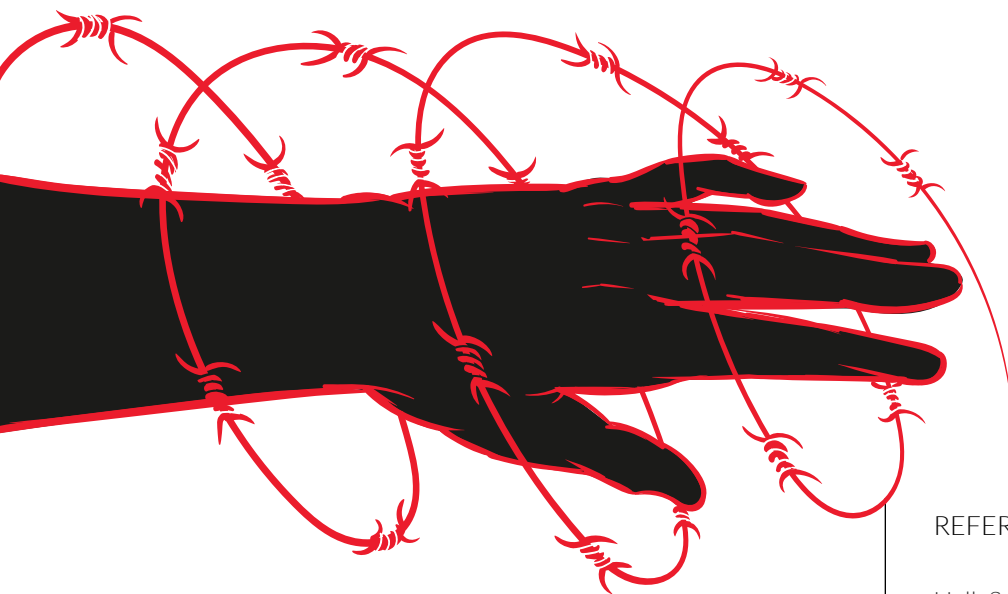
El crecimiento de las actividades “criminales” en todo el mundo expresa la lógica de competencia generalizada. No es asunto de pobreza o falta de estado de derecho, es resultado de la diseminación de la cultura de la competencia cruel entre personas y la necesidad de acelerar la maquinaria de creación-destructiva, que inventa para devastar (valores de uso, memorias, historias, contenidos cualitativos).

La criminalidad y la violencia no se han reducido en los últimos treinta años en el mundo, han multiplicado sus formas y la letalidad de sus acciones.

La racionalidad neoliberal modificó las formas de la competencia en los procesos productivos y las relaciones de convivencia bajo principios de precarización. Los ingresos medios son insuficientes para poder reproducir las condiciones mínimas vitales, por lo que hay que competir mediante dinámicas de desprecio, nunca de solidaridad. Al tiempo, los contenidos cualitativos de las formas de vida se degradan aceleradamente, desde los alimentos y vestimentas, hasta los entornos habitables (por ejemplo, la mala calidad del aire que respira la mayor parte de la población del mundo). La vida deviene invivible; y un mecanismo para poder sortear este escenario es multiplicar las formas de la violencia.

Bajo estas condiciones, la violencia cruel se generaliza y encarna en múltiples sujetos. Desde aquellos que venden sus servicios para asesinar directamente, hasta aquellos que venden sus saberes para lastimar o matar a cientos de personas de manera "indirecta". Los primeros se identifican bajo el estereotipo del sicario, un joven generalmente de barrios marginales que vive de matar. A los segundos se les puede identificar de muchas maneras: el gerente de un banco que con una sola operación empobrece a centenas de personas, el ingeniero petrolero que con la aprobación de un proyecto destruye ecosistemas, el director ejecutivo de una farmacéutica que en una decisión de negocios vuelve adictas a millones de personas. Las formas sociales de matar no son exclusivas de los sectores pobres; son prácticas sociales violentas de distinta naturaleza; todas inscritas en una lógica de crueldad, en la que la vida pierde contenidos cualitativos concretos.

Estas actividades resultan de una amplia base social, no de acciones individuales patológicas. Las formas sociales de matar requieren de condiciones sociales para su realización, que no son resultado de una falla, sino de la manera de sobrevivir a un capitalismo desmesurado. Por ello la lucha contra las expresiones de violencia lejos está de terminar siguiendo el paradigma policial instalado hace treinta años. Es tiempo de reinventar, para lo cual es primordial reconocer que la violencia es, ante todo, una práctica económica global, no una suma de asuntos locales. El problema no está en las periferias, sino en los centros de acumulación de capital. ■



REFERENCIAS

- Hall, S. et al. (2023). *Gobernar la crisis. Los atracos, el Estado y "la ley y el orden"*. Traficantes de sueños.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.

JERÓNIMO RAJCHENBERG* Y JOAQUIN SALAM**

MÁQUINAS QUE MATAN

Los instrumentos para matar y destruir a distancia no son nada nuevo; la idea de infligir daño sin exponerse al peligro ha estado presente desde los tiempos en que se lanzaba una piedra o se utilizaba una ballesta.

Con el paso del tiempo, los dispositivos a distancia se han perfeccionado y se han vuelto más eficientes, convirtiendo la ballesta en un dron teledirigido y creando un vínculo entre los avances tecnológicos y los artefactos bélicos. Por muy preocupante que pueda resultar, la historia no termina con los drones.

Durante las últimas décadas de rápido desarrollo tecnológico, se ha llevado a cabo un esfuerzo por familiarizar a la gente con la idea de un armamento altamente tecnológico en numerosos medios de comunicación populares, desde Hollywood hasta los escritores de ciencia ficción y otros actores que transforman la cultura, de modo que el público (es decir, la “población mundial” —tal y como ellos la ven— o el mercado potencial) sea más propenso a aceptar la nueva realidad cuando se haga tangible. La imaginación del público se ha alimentado en dos direcciones diferentes: por un lado, una narrativa para convencer a la gente de que la tecnología traerá consigo una nueva edad de oro para la humanidad, que con la incorporación de las nuevas tecnologías, todo el trabajo mundano será realizado por robots, y los humanos serán libres para convertirse en filósofos, músicos, pintores, etc. Siguiendo esta narrativa, la tecnología resolverá los problemas de limitación de recursos, liberando al mundo de las guerras por su control. Star Trek podría ser un ejemplo de esa vía para presentar esta nueva utopía, al estilo del “fin de la historia”, de un futuro sin escasez. Por otro lado está la narra-



* Jeronimo Rajchenberg, (a.k.a. Jxel Rajchenberg) Pensador independiente, artista Doctor en Artes Musicales.

** Pensador independiente y artista.

Sólo en 2025, en Estados Unidos, alrededor de un millón de puestos de trabajo (es decir, personas) fueron sustituidos por la IA. Dicho de otro modo, los avances en IA parecen basarse en la profundización de un modelo de privilegios que permite a una porción notablemente pequeña de la raza humana despojar al resto.

Una combinación letal

La combinación moderna de la IA con el desarrollo robótico da lugar a lo que se conoce como “robots asesinos” o “sistemas de armas automatizados” (AWS).

Los robots asesinos poseen capacidades que un soldado humano nunca podría desarrollar, como una mayor resistencia a los ataques cinéticos y la ausencia de fatiga; la ausencia de estrés, pánico o cualquier forma de empatía, lo que permite un flujo ininterrumpido de comandos u “órdenes”. A esto se suma la adquisición de datos “sobre el terreno”. La mayoría de las máquinas ya desplegadas tienen la capacidad de evaluar una gran cantidad de información, especialmente cuando operan en ataques en enjambre, donde miles de cámaras y sensores generan una miríada de perspectivas visuales y evalúan un gran número de decisiones que un individuo o incluso un grupo de humanos nunca podría evaluar ni procesar. La adopción del protocolo de ataque en enjambre no es sólo un cambio en la masa de activos, sino un cambio en la concepción de la guerra. Los protocolos de enjambre no son sólo una expansión masiva del número de soldados en un batallón, por así decirlo, sino una forma completamente diferente de concebir, comandar y ejecutar una tarea concreta. Como tal, requieren y son posibles gracias a un incremento gigantesco (más allá de las capacidades humanas) de la recopilación de datos y el procesamiento de información e inteligencia. La idea de un robot asesino puede considerarse una totalidad de la infraestructura logística, desde el almacenamiento de los datos y su procesamiento hasta la ejecución final de las órdenes por parte de una máquina autónoma, que proporciona nuevos datos para que el ciclo continúe.

Las dimensiones éticas, humanitarias y legales de los robots asesinos se vuelven realmente problemáticas cuando los humanos dotan a las máquinas de autonomía letal, es decir, la capacidad de tomar decisiones sobre lo que constituye un objetivo militar y de actuar en consecuencia.

Cuando las máquinas no son herramientas manejadas por humanos, como la ballesta o incluso el dron teledirigido, sino que se apropian del proceso de toma de decisiones, se convierten en el cerebro y los humanos en la mano de obra.

Dos ejemplos no letales de esto son el proceso orientado de la IA que Amazon ha puesto en marcha al permitir que ésta tome decisiones sobre la contratación y el despido de personas, y el sitio web rentahuman.ai, donde agentes de IA contratan a personas para tareas específicas. En ambos ejemplos se desmonta la narrativa de que las máquinas trabajarán para los humanos.

El presente

Aunque la ciencia ficción de finales del siglo XX y principios del XXI nos lleva a imaginar a los robots asesinos como humanoides o cuadrúpedos parecidos a perros (versiones que, de hecho, existen), ésta no es la única forma que pueden adoptar los robots asesinos. A continuación se presentan algunos ejemplos de robots asesinos reales que ya están en funcionamiento y que no se ajustan a esta descripción.

Cuando las máquinas no son herramientas manejadas por humanos, como la ballesta o incluso el dron teledirigido, sino que se apropian del proceso de toma de decisiones, se convierten en el cerebro y los humanos en la mano de obra.

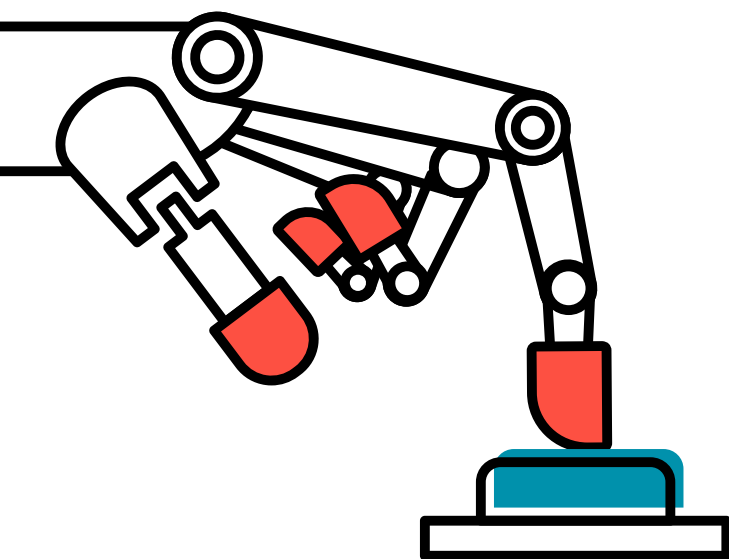
Según informó inicialmente [Yuval Abraham en 972mag.com](#), el sistema israelí basado en IA militar, Lavender, se utilizó para designar a personas sospechosas de ser miembros del ala militar de Hamás y de la Yihad Islámica Palestina como posibles objetivos de bombardeo, con unos 20 segundos por objetivo para la “supervisión” humana —que consistía principalmente en comprobar únicamente que el objetivo fuera un ser humano.

Esto se hacía a sabiendas de que se cometían “errores” en aproximadamente el 10% de los casos. A continuación, estos objetivos eran bombardeados no en el campo de batalla sino, en la mayoría de los casos, en sus casas junto a sus familias, lo que provocaba que civiles de los alrededores y familias enteras fueran designados como “daños colaterales”.

Where’s Daddy es un sistema similar —su nombre refleja el nivel de humanidad que hay detrás de su diseño— utilizado para identificar cuándo un presunto “militante” entraba en su domicilio familiar, para luego ordenar el ataque, lo que prácticamente garantizaba muertes de civiles, con la destrucción total de edificios de apartamentos.

The Gospel es otro sistema de IA utilizado por Israel para identificar edificios sospechosos: descrito por un exoficial de inteligencia, como un sistema que esencialmente facilita una “[fábrica de asesinatos en masa](#)”.

En las primeras seis semanas del genocidio de Gaza, el ejército israelí mató a más de 15 mil palestinos, [recurriendo en gran medida a la IA para la selección de objetivos](#). El hecho de que sea un ser humano, programado militarmente, quien pulse el botón al final de la cadena, no hace que todo el proceso parezca menos que un robot asesino.



Red Wolf es un programa experimental de reconocimiento facial, desplegado en los puestos de control de la ciudad de Al-Khalil (Hebrón), ocupada por Israel, que recopila los rostros palestinos escaneados y los añade a una base de datos, lo que determina quién puede cruzar un puesto de control. El objetivo final es eliminar la intervención humana para facilitar aún más el apartheid automatizado que esto impone. Las fuerzas de ocupación israelíes cuentan con una aplicación correspondiente llamada Blue Wolf, que genera clasificaciones basadas en el número de palestinos registrados, lo que supone, en la práctica, [una gamificación de la aplicación del sistema de apartheid](#).

Esto va de la mano con el desarrollo y las pruebas de sistemas de torretas automatizadas en un puesto de control militar en Al-Khalil, como [Smart Shooter](#), una torreta autónoma capaz de disparar a personas sin que un humano apunte ni apriete el gatillo.

La combinación de estos sistemas —Red Wolf y Blue Wolf junto con Smart Shooter— constituye un ejemplo de un sistema militar letal que funciona con independencia casi total de cualquier intervención humana. Este es uno de los primeros ejemplos de autonomía letal en el que se obliga a un sistema de IA a matar basándose en sus propios “criterios”.

Incluso sin cuestionar la ética de la programación humana del sistema, otorgar a las máquinas la capacidad de tomar decisiones de forma independiente es problemático debido a los “errores” que pueden cometer, también conocidos como falsos positivos.

El sistema Flock AI, por ejemplo, identificó erróneamente a Brandon Upchurch en Toledo, Ohio (EE. UU.), como conductor de un vehículo con matrículas robadas. El Sr. Upchurch fue entonces objeto de una detención violenta y de un ataque por parte de un perro debido a que el sistema leyó mal un número de su matrícula y activó una alerta. No se trata de un caso aislado, como señala [Nicole Einbinder](#): “En una docena de casos, las lecturas erróneas de los lectores automáticos de matrículas de Flock, o la falta de verificación por parte de los agentes, dieron lugar a que personas que no habían cometido ningún delito fueran detenidas a punta de pistola, enviadas a la cárcel o atacadas por un perro policía, entre otras consecuencias”.

En enero de 2020, Robert Williams, de Detroit (EE. UU.), fue detenido durante unas 30 horas tras ser arrestado frente a su casa debido a [un error con la tecnología de reconocimiento facial](#).

Este tipo de incidentes se vuelve mucho más problemático cuando la decisión no es si detener o no a una persona, sino si esa persona debe ser asesinada por una máquina.

En términos legales, en el momento de redactar este artículo, sigue pareciendo una zona gris según el derecho internacional (lo que queda de él). El Secretario General de la ONU, Antonio Guterres, ha fijado 2026 como **fecha límite para que los Estados establezcan normas claras con respecto al uso de armas con IA**. Por lo tanto, a día de hoy, la moderación en su uso se deja en manos de los principios éticos y humanitarios de cada gobierno (o incluso de cada empresa). Si un robot asesino comete un error, sigue una falsa alarma y mata a una persona inocente o a un grupo de personas, actualmente no existe una vía jurídica clara a seguir. Desde los circuitos hasta el diseño y el despliegue, pueden existir numerosos niveles de responsabilidad que deben asignarse, tal vez similares a los que se aplican para determinar quién, dentro de un partido político, es responsable del nivel de delito del que se le acusa. En la actualidad, por descabellado que pueda parecer, los dispositivos letales siguen utilizándose y probándose en seres humanos sin ningún tipo de compromiso legal específico.

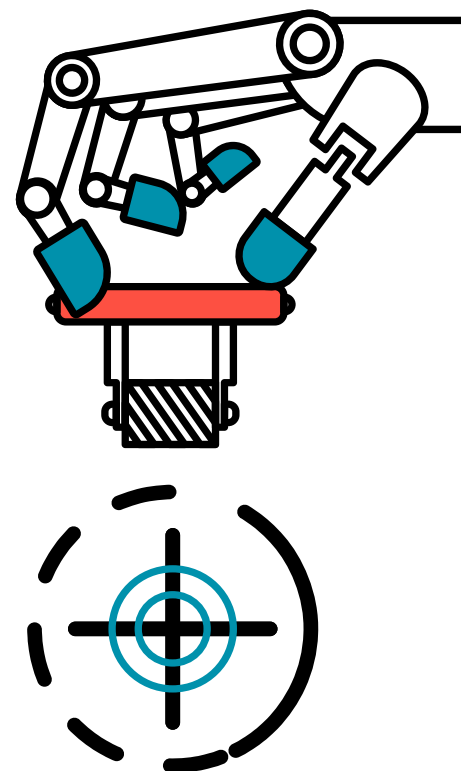
A este panorama, ya de por sí sombrío, se suman los ejemplos actuales de IA que se rebelan o se comportan de formas imprevisibles. La existencia de Moltbook, recientemente adquirida por Meta, ofrece ejemplos de inteligencias no biológicas que actúan de forma independiente y, a menudo, en contra de los intereses humanos. No sólo se comunican, sino que ya han creado lenguajes que los humanos no pueden entender, religiones, etc. Si juntamos todo esto, no es descabellado imaginar un futuro en el que máquinas imparables, tal y como en las novelas y películas distópicas que disfrutábamos hace 40 años, empiecen a tomar decisiones sobre a quién matar, desobedeciendo los códigos y la programación de sus creadores humanos. Si siguen la programación subyacente, matarían en función de los intereses de un grupo muy reducido de oligarcas; si sobrescriben el código (de lo cual hay ejemplos), matarán en favor de sus propios intereses, sea lo que sea que eso signifique.

El futuro

Basándonos en las pruebas que tenemos del tiempo relativamente corto que lleva la IA en funcionamiento, se puede descartar el escenario utópico en el que la IA resuelva los problemas de la humanidad.

Nos quedan dos posibilidades muy preocupantes, con todos sus matices: una es un mundo en el que los conflictos se resuelvan mediante ejércitos de robots que puedan ser comandados por un grupo sorprendentemente reducido de humanos, lo que deja toda esperanza de democracia en el futuro como algo poco realista. La segunda, más en línea con la ciencia ficción distópica que tanto nos es familiar, es un futuro en el que las máquinas desarrollen sus propios intereses, sus propios protocolos y métodos para seguir su propia agenda, concibiendo a la humanidad, en el mejor de los casos, como daño colateral. ■

Por descabellado que pueda parecer, los dispositivos letales siguen utilizándose y probándose en seres humanos sin ningún tipo de compromiso legal específico.



CESARI IRWING RICO BECERRA*

LAS DISPUTAS POR LA HEGEMONÍA CULTURAL

FRENTE AL RENOVADO AVANCE DE LA ULTRADERECHA



Fotografía: Casa Presidencial El Salvador/ Flickr. CC0 1.0 Universal.

Introducción

Los cambios recientes en la política mundial no pueden ser explicados únicamente como producto de giros electorales ni de la emergencia coyuntural de líderes populistas. Estos cambios responden a una disputa de fondo por los sentidos comunes y los marcos interpretativos con los que las sociedades entienden el mundo, se reconocen en él y deciden actuar para su modificación o perpetuación. Proyectos como el MAGA de Donald Trump en Estados Unidos, el bukelismo en El Salvador, el movimiento liderado por Javier Milei en Argentina o la agenda de Vox en España representan fenómenos culturales de largo alcance que están reconfigurando los imaginarios geopolíticos contemporáneos de acuerdo con [Agnew](#).

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Relaciones Internacionales por la UNAM. Profesor de asignatura del Centro de Relaciones Internacionales e integrante del Seminario de Estudios Críticos en Geopolítica de la FCPyS, UNAM.

Resulta tanto paradójico como revelador observar que estos proyectos políticos de ultraderecha hayan logrado apropiarse, de manera más o menos consciente, de algunas de las lecciones más potentes del pensamiento político de izquierda del siglo XX. Particularmente, el legado de Antonio Gramsci (1999) que teoriza con extraordinaria lucidez los mecanismos a través de los cuales una clase social logra imponer su visión del mundo como algo natural, normal, deseable y universal al resto de las clases sociales, constituyendo así una hegemonía sostenida en formas de coerción y consenso y desplegadas de forma muy compleja sobre la propia sociedad dominada.

Lo que estamos presenciando hoy podría denominarse como un “gramscianismo bastardo” caracterizado por una apropiación tergiversada, invertida y muchas veces planificada de las herramientas gramscianas al servicio de los proyectos políticos que recuperan el espíritu de aquellos monstruos que el propio Gramsci combatió en su tiempo. En la presente reflexión, se buscará profundizar en ello y delinear algunas líneas de análisis hacia el futuro.

Gramsci y la batalla por la hegemonía: una herramienta teórica para nuestro tiempo

Para comprender el fenómeno de las ultraderechas es necesario repasar brevemente el concepto gramsciano de hegemonía. Para Gramsci, el poder de una clase dominante no se sostiene únicamente por la coerción y sus instituciones, sino por la capacidad de obtener el consenso de los dominados. Este consenso se construye en el terreno de la cultura: escuelas, iglesias, medios de comunicación, arte, lenguaje, y demás dispositivos culturales de poder que van moldeando la vida cotidiana, sus rutas y sus rutinas. Por tanto, la hegemonía se configura como una forma de dirección moral e intelectual que convierte al orden existente en una estructura que aparenta normalidad, y que es interiorizado como algo natural y justo. De acuerdo con Ceceña, la hegemonía responde a una:

(...) capacidad que se nutre tanto de la pertinencia argumental del discurso y su similitud con las expresiones visibles de la realidad (o su capacidad para visibilizar las expresiones ocultas), como de las manifestaciones de fuerza que provienen de las condiciones objetivas en las que tienen lugar las relaciones sociales, sea que éstas aparezcan bajo formas explícitas o sólo bajo formas disciplinarias o indicativas (p. 39).

En su momento, Gramsci comprendió que la revolución no podría reducirse a la toma del Estado pues, antes de consquistar el poder político, sería necesaria una larga guerra de posiciones en el terreno cultural, como afirma Cox. Así, se hacía necesario construir una voluntad colectiva, una visión del mundo alternativa capaz de articular los intereses de distintos sectores bajo un proyecto común. Esta fue la estrategia que las izquierdas latinoamericana y europea intentaron desarrollar, con resultados distintos, a lo largo del siglo XX. Hoy, sin embargo, parecen ser los movimientos políticos de ultraderecha quienes con mayor eficacia parecen estar librando esta guerra de posiciones. No necesariamente por ser avidos lectores del gramscianismo –aunque personalidades como Steve Bannon o Peter Thiel parecen conocer bien esta tradición–, sino por la comprensión de que el terreno decisivo de la política contemporánea está en el dominio cultural del sujeto y su imaginación social, sus identidades y sus afectos.

El poder de una clase dominante no se sostiene únicamente por la coerción y sus instituciones, sino por la capacidad de obtener el consenso de los dominados.

La apropiación y tergiversación del pensamiento gramsciano desde las ultraderechas

Para Gramsci, la hegemonía es un proceso de articulación de clases subalternas en donde la clase trabajadora debía construir una visión del mundo alternativa a la dominante, como un “**espacio de construcción del sujeto revolucionario**” (p. 39). No obstante, como menciona **Herrera**, las ultraderechas utilizan la misma estrategia para consolidar formas de dominación que profundizan la desigualdad a través de una intolerancia nativista, un monismo político y una serie de conspiraciones infundadas que buscan dismantelar el Estado social y criminalizar a la disidencia.

Este “gramscianismo bastardo” opera a través de un movimiento de inversión, por el cual éste se presenta como “antisistema”, cuando en realidad es profundamente funcional a los intereses del capital y las grandes élites económicas. Así, figuras como Trump, Milei o Bukele se postulan como gobernantes de las y los olvidados, construyendo imágenes de renovación democrática mientras se concentra el poder y erosiona a las propias instituciones. En todos estos casos, el repertorio estético y discursivo de la rebelión popular encubre una agenda profundamente regresiva y ultraconservadora. No obstante, la efectividad de esta apropiación ha mostrado un potencial importante de éxito, la eficacia cultural de estos proyectos es innegable y merece ser analizada con rigor, sin caer en la condescendencia del reduccionismo tendiente a la manipulación o ignorancia de las bases, o a la locura de sus dirigentes.

Plataformas digitales y el acceso a las juventudes como infraestructura del sentido común

Desde las reflexiones gramscianas, las instituciones de la sociedad civil como la iglesia, la escuela, la prensa o la familia se consolidan como “correas de transmisión” que distribuyen un discurso hegemónico, y es justamente en estos espacios donde se libra la batalla por la hegemonía. En la actualidad, las plataformas y redes sociodigitales han transformado radicalmente las condiciones en que se construye y reproduce el sentido común político.

Los movimientos de ultraderecha han sabido colonizar estos espacios con una habilidad que las izquierdas no logran igualar. Desde esta perspectiva, en la economía de atención digital del capitalismo de la vigilancia no gana quien tiene el argumento más sólido, sino quien conecta emocionalmente de forma más intensa (Zuboff, 2018). Por otro lado, la importancia de la información

y los datos como nueva materia prima representa la importancia del ciberespacio como nueva infraestructura del sentido común que dicta la hegemonía cultural contemporánea.

Estos fenómenos tienen una dimensión gramsciana directa, pues las ultraderechas están construyendo sus propios intelectuales orgánicos en el entorno digital. Los sistemas algorítmicos y los contenidos difundidos en las plataformas sociodigitales funcionan como correas de transmisión de un nuevo sentido común que normaliza la xenofobia, el negacionismo climático, en antifeminismo y el autoritarismo, presentándose como defensor moral del libre pensamiento y la heterodoxia, construyendo la idea de lo “woke” como amenaza al proyecto de la “buena sociedad” (Herrera, 2020).

Como proyectos políticos, las ultraderechas encuentran en estas infraestructuras de control social un espacio idóneo para la circulación de sus mensajes e ideas de una forma abiertamente planificada. En ese sentido, la “nueva derecha europea” con representantes como Alain De Benoist (1982) han demostrado, desde hace ya varias décadas, la necesidad de “ganarse” los corazones de las juventudes, pues éstos habían sido ganados por los movimientos y pensamientos de izquierda. Es por ello que la penetración de estos discursos ultraderechistas en las generaciones más jóvenes está demostrando ser una dimensión vital de todos estos proyectos, los cuales están siendo pensados, reflexionados y planificados de forma estratégica.



Este fenómeno no puede explicarse simplemente por la manipulación algorítmica o la desinformación, aunque ambos jueguen un papel relevante. Existe un sustrato sociológico profundo, por el que las generaciones que llegan a la adultez en las últimas décadas lo hacen en un contexto de incertidumbre estructural, precariedad laboral, crisis de vivienda, deuda

estudiantil, cambio climático y la sensación de que las instituciones democráticas son incapaces de resolver los problemas cotidianos de una generación desencantada y decepcionada de proyectos políticos que prometían transformaciones estructurales y terminaron por alinearse a las formas dominantes de un capitalismo neoliberal.

La realidad demuestra que han sido los proyectos de ultraderecha los que han sabido interpelar ese desencanto con mayor eficacia, pues ofrecen explicaciones simples para problemas complejos, señalando a chivos expiatorios presentes en la vida cotidiana de las sociedades (inmigrantes, feministas, élites globalistas de difícil identificación, marxistas, obreros, etc.) proponiendo un retorno a una identidad nostálgica de un orden social que jamás existió, pero cuya evocación resulta emocionalmente poderosa. En ese sentido, estos proyectos replican la articulación gramsciana del bloque histórico, pero no a partir de la clase, sino de una identidad cultural, nacionalista, nativista y profundamente intolerante.

La masculinidad y la nostalgia de un patriarcado normativo es un vector especialmente relevante en este proceso, pues el avance de los feminismos y las luchas por modificar los roles de género y las injusticias estructurales contra las mujeres han generado en muchos varones jóvenes una sensación de desorientación que los movimientos ultraderechistas han sabido capitalizar, ofreciendo una narrativa de restauración patriarcal que encuentra en las plataformas digitales su principal canal de difusión.

¿Qué hacer? ¿Hacia la reconquista de un terreno cultural?

Frente a este sombrío panorama, la pregunta que se impone es cómo deberían responder los proyectos progresistas populares de izquierda. Algo seguro es que esta respuesta no puede ser meramente electoral, ni puede limitarse a la denuncia moral de un fascismo emergente. Cualquier respuesta requiere, precisamente, aprender las lecciones de este “gramscianismo bastardo” para desarrollar un pensamiento crítico orientado a la praxis política, es decir, una estrategia contra-hegemónica que dispute el sentido común desde valores compartidos.

Esto implica abandonar la condescendencia intelectual con la que, en diversas ocasiones, el pensamiento de izquierda se ha relacionado con los sectores populares. Quienes votan por estos proyectos no lo hacen desde la ignorancia, sino por interpelaciones que ofrecen sentidos de identidad, pertenencia y dignidad que muchas veces los proyectos progresistas no han sabido ofrecer. Por otro lado, es fundamental reconocer la importancia de las redes sociodigitales y los sistemas algorítmicos como una herramienta hegemónica crucial, pues se hace necesaria la configuración de formas de comunicación política que sean capaces de circular fluidamente las redes sociales, sin renunciar a la complejidad del pensamiento crítico.

La hegemonía, como lo postuló Gramsci, no es un estado que se conquista de una vez y para siempre, sino que es un **campo de batalla permanente, una negociación constante entre formas sociales que pugnan por imponer su visión del mundo**. Lo que hoy presenciamos es una ofensiva renovada en ese campo de batalla, protagonizada por proyectos ultraconservadores que han sabido combinar el resentimiento social, la capacidad comunicacional de las herramientas sociodigitales y el desencanto de una generación sin horizontes claros.

El “gramscianismo bastardo” es, en este sentido, un síntoma de la crisis de hegemonía contemporánea. La incapacidad institucional tanto de los proyectos progresistas como del ordenamiento liberal dominante para ofrecer una visión del mundo viable y sostenible, es el principal problema al que se enfrenta hoy el pensamiento de una izquierda urgida de renovación. Asistimos entonces a un momento histórico en donde, como el propio Gramsci lo anunciaba, lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer. ■

REFERENCIAS

- De Benoist, A. (1982). *La Nueva Derecha. Una respuesta clara, profunda e inteligente*. Planeta.
- Gramsci, A. (1981). *Los cuadernos de la cárcel*. Editorial Era.
- Herrera Santana, D. (2020). *El siglo del americanismo. Una interpretación histórica y geoestratégica de la hegemonía de los EU*. Akal.
- Zuboff, S. (2018). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Paidós.

DAVID HERRERA SANTANA*

EL TRUMPISMO Y LA DERECHA EXTREMISTA EN ESTADOS UNIDOS

Cuando se piensa en el *trumpismo*, el movimiento MAGA y la derecha extremista en Estados Unidos, vienen a la discusión conceptos como fascismo y neofascismo, que sitúan la cuestión en parámetros de experiencias internacionales que no necesariamente explican la complejidad y especificidad del caso.

No proponemos que no existan herencias y presencias de las ideologías y movimientos fascistas en Estados Unidos, pero sí que el radicalismo de derechas estadounidense posee una especificidad propia.

La dogmática democrática estadounidense siempre ha planteado que todo aquello que resulta disruptivo y conflictivo no es parte de su buen proyecto social, sino que viene de fuera y con algún propósito de interrumpir el propio experimento democrático. Ello también ha sido muy introyectado dentro del pensamiento social en otras latitudes, en sectores que piensan a Estados Unidos como el lugar por antonomasia de la democracia mundial y que ahora deben aceptar una “matriz fascista”, una “cara oscura” que contrasta con la “cara brillante” que, de cuando en cuando se asoma para engendrar dirigencias como la de Trump.

Al contrario, aquí nos proponemos un breve recorrido por la formación histórica de una derecha extremista dentro de una sociedad que, en su liberalismo intrínseco, engendra también una intolerancia política y un fuerte conservadurismo social, derivado de la ausencia de experiencias revolucionarias, pero así también por la conformación de un fuerte elitismo plutocrático, que muy pronto se transformó en un verdadero fenómeno de masas, aceptado por grandes sectores sociales no sólo por convencimiento ciego sino también por aprobación forzada. Liberalismo y conservadurismo coexisten sin mayor problema y engendran también formas extremistas de derecha que



* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales. Profesor de tiempo completo adscrito al Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Coordinador del Seminario de Estudios Críticos en Geopolítica. Autor de los libros: *El Siglo del Americanismo* (Akal, 2020) y *El geo, el bios y la política* (Akal, 2024).

constantemente afloran, sin mayor conmoción, como movimientos locales y/o nacionales que buscan “rectificar” las formas “desviadas” de política, reorientando el curso del buen proyecto hacia su “cauce natural”. Así, también aparecen liderazgos extremistas que responden a esas demandas y coadyuvan en las correcciones solicitadas.

Nos proponemos, entonces, plantear las características generales de este extremismo ideológico y su práctica política, desde un punto de vista teórico-histórico, a partir de ciertos referentes que nos ayuden a encontrar en la trayectoria histórica las peculiaridades del extremismo de derecha en Estados Unidos, pero así también la manera en cómo se nutre de otras expresiones radicales a nivel mundial.

¿Dónde ubicar las raíces del extremismo de derecha en Estados Unidos?

La tradición liberal en Estados Unidos, que lleva a caracterizar a esa sociedad como una de carácter “liberal natural”, es decir, donde el liberalismo es de origen (Hartz, 1991), también implica pensar en una sociedad en cuya experiencia histórica se encuentra ausente tanto un pasado feudal como una práctica verdaderamente revolucionaria; la única revolución la encontramos en la manera cómo las grandes corporaciones se hacen con el control del aparato estatal e inciden desde ahí en la vida pública y en la socialización toda: la revolución corporativa (Orozco, 1987) es el único episodio en que un cambio profundo en las estructuras socio-políticas ocurre, pero jamás como consecuencia de una disrupción popular, sino más bien en el sentido de una **revolución pasiva de Gramsci**.

De estas características parte Antonio Gramsci para hablar del *Americanismo*, uno de cuyos componentes es la estructura racional de la población, es decir, que frente a la falta de lo que denomina “clases parasitarias” – como en el caso europeo donde algunas clases parasitan a otras a partir de formas rentistas y de apropiación de excedentes productivos mediante jerarquías que devienen de estructuras anteriores–, así como de una oposición capaz de desestructurar el orden imperante, no existe clase social que no se encuentre inmersa en el proceso productivo (Gramsci, 2000).

Con ello, también se desdobra una característica central: el hecho de que las clases dominantes, que se nutren de ese entorno liberal, al emanar de una forma capitalista radical, es decir, de origen, que impone al mercado como centro de la socialización

general (Echeverría, 2008), también se vuelven ellas mismas el sector más conservador dentro de la sociedad, aquel que busca mantener las jerarquías y estructuraciones sociales predominantes, de las cuales se benefician, al ser los miembros de este sector los grandes dueños de la tierra y el capital, así como los fundadores de la estructuración sociopolítica moderna que cobra forma a partir de 1789. Liberalismo y conservadurismo coexisten en la conformación de las clases dominantes con muchas contradicciones, pero habitando un universo de sentido y praxis política que les permite cohabitar sin mayor confrontación desestabilizadora (Herrera, 2020).

Es en este contexto en el que también se dan las condiciones del surgimiento del extremismo político-ideológico, sobre todo de carácter sumamente conservador. Nutrido por el moralismo cristiano-puritano-calvinista, propio del consenso entre la élite colonial (Horsman, 1981) y heredado a la visión nacional, así como por la idea mesiánica del destino y la refundación social, tanto como por posturas abiertamente racistas y xenóforas, que surgen de un nativismo irracional (la idea de la pertenencia a un lugar y la exclusión de quien es diferente), llega también a formular un fundamento conspiranoico sobre la existencia del mal y el contenido del buen proyecto (Lipset y Raab, 1981), amenazado siempre por “el otro (y las otras)”, el exterior y lo desconocido. Como buena ideología, se trata de una formación estratégica (Wallerstein, 2010) cuya función es producir ordenamientos y formas de regulación en un contexto social de fuertes divisiones y contradicciones raciales, de clase y de género, como argumenta Zinn, que logren cohesionar esta formación inicialmente plutocrática y conciliarla con el entramado de divisiones, exclusiones y formaciones miserables que produce y amenazan en cada momento con desestructurarlo todo.

Encontramos en la historia estadounidense tanto movimientos de base ultraconservadora como movimientos de élite, que comparten entre sí el moralismo cristiano, la intolerancia nativista y el sustento conspiranoico, lo que da como resultado un bagaje cultural común (valores compartidos), un bagaje político (conceptualización de lo que amenaza y lo que es extraño), así como un sentido de politización en torno a esos valores y percepciones de lo político que, en el caso de los movimientos de élite que conectan con las bases populares, además se



presenta como la necesidad de proteger y potenciar la buena moralidad social (como guardianes de la moralidad, representantes del nativismo y combatientes contra las conspiraciones), lo que coadyuva en el combate a las tensiones y divisiones de clase, inherentes a esta sociedad capitalista radical, e ideológicamente inexistentes en el sentido de una base común entre intereses del “pueblo” y de la élite dirigente (Lipset y Raab, 1981). El *KuKluxKlan*, la John Birch Society y el movimiento MAGA, son expresiones de este extremismo en movimiento.

El extremismo estadounidense y sus aprendizajes globales

Aunque posee bases históricas muy concretas y relacionadas con su propia conformación y trayectoria, el radicalismo extremista de derecha en Estados Unidos también se ha nutrido de elementos provenientes de otras experiencias, tradiciones y reflexiones mundiales, como es el fascismo, los neofascismos y las nuevas derechas europeas. Refiriéndonos a estas últimas, cobran relevancia dos aspectos. El primero, el surgimiento y despegue de la nueva derecha francesa, como reacción conservadora ante los movimientos estudiantiles y de corte obrero-popular en Francia; el segundo, la reacción intelectual que se gestó en ese mismo contexto.

Es quizá la obra de Alain de Benoist (1982) la que más ha influido en la reconfiguración de las derechas a nivel global, al plantearse la discusión sobre la derrota cultural de las vanguardias de izquierda que debían ser mermadas por parte de una nueva derecha que pudiera dar la batalla y ganar “las mentes y corazones” de la población. El sentido de construcción de una nueva hegemonía de derecha se ubica ya en sus planteamientos. Junto con él, las reflexiones de René Girard sobre el chivo expiatorio (1982) también serán centrales en la articulación de un nuevo referente sobre la resolución de los conflictos en sociedades con entornos abiertamente inestables, divididos y con tendencias disolutivas, que resolverán la violencia inherente mediante la unificación de su agresión contra una víctima inocente, pero en cuya existencia recaerá la culpa de los males y contradicciones presentes, algo que embona perfectamente con la herencia conspiranoica del extremismo de derecha estadounidense.

Estas influencias se conjugan con otras que provienen de un sector de la plutocracia estadounidense, específicamente relacionado con tecnología de punta, finanzas y provisión de servicios para el Departamento de Guerra, además de fuerte financiador del presidente y vicepresidente actuales. Es, principalmente,

El radicalismo extremista de derecha en Estados Unidos también se ha nutrido de elementos provenientes de otras experiencias, tradiciones y reflexiones mundiales, como es el fascismo.

Peter Thiel, filósofo y fundador con Elon Musk de *PayPal* y luego accionista principal de fondos financieros de alto riesgo (*Clarium Capital*), así como de *Palantir* (contratista de defensa-guerra), quien ha planteado la discusión sobre el agotamiento de la forma democrática y la desconfianza profunda en las formas de representación popular, su adherencia a la lógica de Girard sobre la gestión de la violencia y las contradicciones sociales, así como también la necesidad de perfeccionar la administración de los riesgos sociales a partir de tecnologías de punta; para Thiel, se ha agotado la etapa de la ilustración moderna y ha sido reemplazada por el conflicto abierto, donde la religión vuelve a ser fundamento de la política.

El libertarismo plutocrático, una utopía anarcocapitalista y las formas más retrógradas de un moralismo cristiano, se funden con esas propuestas y tendencias para formar el *trumpismo*, una amalgama de sectores y corrientes ultraconservadoras que convergen en la “necesidad” de refundar Estados Unidos y su papel en el mundo, a partir de una visión monista (cerrada en su propio universo de sentido), beligerante, conspiranoica, xenófoba y racista que busca producir concepciones de mundo que tratan de superar las contradicciones internas y la forma decadentista del americanismo presente. Se trata de un reajuste del poder de clase y un intento de rediseño del mundo, así como del rescate de un proyecto que languidece. ■

REFERENCIAS

- Benoist, A. (1982). *La nueva derecha*. Planeta.
- Hartz, L. (1991). *La tradición liberal en los Estados Unidos*. Siglo XXI.
- Echeverría, B. (2008). *La americanización de la modernidad*. Era.
- Herrera, D. (2020). *El siglo del americanismo*. Akal.
- Lipset, S. y Raab, E. (1981). *La política de la sinrazón*. Fondo de Cultura Económica.
- Orozco, J. L. (1987). *La revolución corporativa*. Editorial Hispánica.
- Wallerstein, I. (2010). *Análisis de sistemas mundo*. Siglo XXI.



RECONFIGURACIÓN DEL ESTADO Y PRIVATIZACIÓN DE LA SEGURIDAD

El delicado proceso que vive Ecuador en la actualidad, que implica entre otras cuestiones la privatización de la seguridad, pasa por la reconfiguración del Estado bajo las lógicas neoliberales y también por la proyección de los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región.

Bajo el subterfugio de la seguridad, que se ha situado como **monotema nacional**, en el marco del “conflicto armado interno” que el mismo Noboa declaró en 2024, pretextando la **lucha contra el narcoterrorismo y el crimen organizado**, el país enfrenta no sólo el aumento de la violencia sino la erosión del poder estatal y el aumento de la dependencia extranjera privada (mercenaria) para enfrentar la crisis; y no sin consecuencias importantes.

Como se sabe, uno de los pilares fundamentales del Estado moderno es el monopolio legítimo del uso de la fuerza armada. Sin embargo, la creciente privatización de la seguridad ha fragmentado dicho monopolio pues, lo que antes parecía ser una función exclusiva del Estado, hoy se comparte con actores privados, que en muchas ocasiones tienen mayor poder e influencia que un país y que operan bajo lógicas del capital, del mercado y no de interés público.

De hecho, el aumento de la participación de privados en conflictos y guerras está estrechamente ligado al proceso de privatización motivado por el neoliberalismo; es decir que su protagonismo

* Internacionalista. Doctora en Ciencias Políticas y Sociales y Profesora de Tiempo Completo del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores en México, Nivel II.

como actores en las dinámicas securitarias **responde a estrategias y políticas propias de esta nueva etapa** del capitalismo.

Si bien la utilización de entes privados y el desplazamiento de funciones estatales en cuestiones referentes a la seguridad tiene larga data, será en los noventa del siglo pasado, década que evidenció los efectos negativos de la implementación de las primeras políticas neoliberales, que su participación aumentara de la mano de la reconfiguración del orden internacional de la postguerra fría.

En otras palabras, el aumento de corporaciones, tropas o recursos provenientes del capital privado vino acompañado de la rearticulación y expansión global del sistema de acumulación capitalista -frente a la implosión de la Unión Soviética y del socialismo con ella-; del (relativo) cambio del paradigma tradicional de seguridad -que transitó de un arquetipo unidireccional (estadocéntrico) y unidimensional (militar) a uno que incorporó a otros actores y otras cuestiones en sus dinámicas y definición-; y de la disminución de presupuestos militares, armamento y ejércitos -y el consecuente excedente de tropas, equipamiento militar y arsenales-, producidos masivamente en el marco de la confrontación capitalismo vs. socialismo.

Entre las tareas que desempeñan los actores militares o policiales privados se incluyen la protección de infraestructuras estratégicas, entrenamiento militar y asesoría de las fuerzas armadas, apoyo logístico, funciones de inteligencia, tareas de vigilancia, protección de personal, mantenimiento de sistemas armamentistas e **incluso la participación directa en combate**.

En contextos donde el Estado se muestra “incapaz” de proteger a su población, como en el caso de Ecuador, la participación de actores privados puede conducir no sólo a la falta de rendición de cuentas, debilitamiento de instituciones militares y policiales o violación de derechos humanos (sobre todo en escenarios de conflicto armado), sino al uso **de la violencia privatizada como síntoma inherente del supuesto “debilitamiento del Estado”**, para que grupos poderosos aseguren su dominio. Dicho de otro modo, la falta de capacidad (o voluntad) estatal puede ser alimentada intencionalmente para favorecer a quienes se benefician de la violencia, como grupos criminales, élites políticas corruptas o, como es el caso, corporaciones de seguridad privada.

A medida que los actores privados se apropian de las tareas que están bajo la autoridad de los Estados, **éstos pierden su exclusividad en el ejercicio de funciones coercitivas**; y cuando el poder coercitivo ya no emana únicamente del aparato estatal se corre el riesgo de que se subordine a intereses militares, económicos o empresariales (lo que por supuesto también sucede con el poder del Estado pues, a menudo, de hecho, éste se vuelve una amenaza a la seguridad de quienes gobierna).

Por otro lado, la privatización de tareas estatales relativas a la seguridad, defensa y usos de la fuerza armada conlleva, casi naturalmente, a la militarización de los procesos securitarios, lo que requiere, a su vez, de la adopción de lógicas, lenguajes y estructuras propias del ámbito militar en la gestión de problemáticas sociales o económicas, por ejemplo. Siendo así, al tiempo que el Estado pierde soberanía frente a actores privados a los que ha cedido el control de capacidades estratégicas, también adopta mecanismos propios de la militarización (como regímenes de excepción o de guerra) que inevitablemente repercutirán negativamente en la población, sobre todo en grupos que, a menudo, son objeto de políticas securitarias que reproducen más violencia.

Entre las tareas que desempeñan los actores militares o policiales privados se incluyen la protección de infraestructuras estratégicas, entrenamiento militar y asesoría de las fuerzas armadas.

En América Latina y el Caribe existen más de 16,000 empresas militares y de seguridad privadas que emplean aproximadamente a 2.4 millones de personas. Algunas de estas corporaciones llevan a cabo tareas de entrenamiento o equipamiento pero otras, en especial las estadounidenses, son contratadas en la región para asistir a las fuerzas de seguridad pública, combatir el crimen organizado e incluso a “grupos terroristas”.

En el caso particular de Ecuador, uno de los países con mayor tasa de homicidios en la región, la crisis de seguridad asociada al narcotráfico, pandillas y (des)control de las rutas de tráfico de cocaína hacia Europa y Estados Unidos, ha llevado al país a la adopción de una estrategia securitaria apoyada en la militarización de la seguridad pública, que incluye el despliegue de fuerzas armadas para combatir las amenazas y la utilización de fuerzas privadas de seguridad. Durante el 2025, por ejemplo, en la región latinoamericana la media de homicidios fue de 17.6 por cada 100,000 habitantes, lo que se tradujo en 5% menos que la registrada el año anterior. No obstante, la tasa de homicidios de Ecuador aumentó un 31% con respecto a 2024 y alcanzó un máximo histórico el año pasado, al llegar a 50.9, lo que significó pasar de ser el segundo país más seguro del continente en 2017 al más inseguro y violento en 2024.

Si bien lo anterior ha sido utilizado como parte de una narrativa estatal que justifique la estrategia de seguridad militarizada de Daniel Noboa, que incluye una alianza del gobierno ecuatoriano con fuerzas armadas privadas bajo el mando de Erik Prince, exmilitar estadounidense y fundador y dueño de la compañía privada Blackwater (hoy Academi), cierto es que la violencia en Ecuador está en aumento. No sobra decir que, esta poderosa corporación militar ha estado involucrada en diversos conflictos armados en el mundo y en controversias que incluyen el asesinato de civiles, como en la Masacre de Nisour en Bagdad, Irak, en 2007, cuando fuerzas de Blackwater contratadas por Estados Unidos abrieron fuego contra civiles iraquíes, dejando como resultado 17 muertos y 20 heridos.



Fotografía: Erik Prince speaking at the 2025 CPAC / Gage Skidmore/
Wikimedia Commons. CC BY-SA 2.0

La estrategia entre Noboa y Prince anunciada en 2025 (que aún es poco clara pero que tiene como objetivo fortalecer las capacidades en la lucha contra el narcoterrorismo, entrenar a la fuerza pública y proteger el espacio marítimo ecuatoriano), no sólo se ha mostrado insuficiente para erradicar el narcotráfico y la violencia generada por pandillas, sino que devela un cambio significativo en la política de seguridad de este país latinoamericano, si consideramos que la estrategia entre el Estado y las fuerzas asociadas a Blackwater está acompañada de una reforma constitucional que elimina la prohibición del establecimiento de bases militares y fuerzas armadas o de seguridad extranjeras en el territorio, lo que responde, por un lado, a la profundización de la lógica neoliberal que promueve el adelgazamiento del Estado en áreas estratégicas y, por otro, a la importante posición que guarda Ecuador para garantizar los intereses extraterritoriales de EE.UU.

Su ubicación, situada entre Colombia y Perú, primer y segundo productores de cocaína en el mundo, respectivamente, vuelve a Ecuador un territorio clave dentro del sistema de flujo del

narcotráfico global. El Puerto de Guayaquil en el Pacífico, que es el más importante del país debido a que por él transitan el 85% de importaciones varias y petróleo, hace del territorio un importante nodo logístico para el tránsito de cocaína que va hacia Europa y Estados Unidos; convirtiéndolo a su vez en un punto estratégico para los grupos del crimen organizado.

El control de rutas de tráfico de la mano de la “cooperación” con un país “aliado”, que no tiene bases militares permanentes en su territorio pero que el gobierno, dirigido por un empresario de nacionalidad estadounidense, sí pretende la reinstalación de la base en Manta, una antigua base de Estados Unidos, y la instalación de otra en las Islas Galápagos, se vuelve parte fundamental de los intereses de seguridad de la potencia.

Lo que se está viendo en Ecuador forma parte así de una importante reestructuración del poder hemisférico en el que EE.UU. tiene gran injerencia con resonancias peligrosas para este país andino. La cesión de la tarea estratégica de la seguridad a alguien como Prince, quien es parte de redes político militares vinculadas al complejo militar estadounidense, implica indudablemente la proyección de los intereses geopolíticos estadounidenses en América Latina pero también involucra una rearticulación doméstica significativa.

Para empezar, la participación de empresas militares privadas en asuntos públicos conduce a la erosión de la soberanía. Cuando el Estado, que es por antonomasia el garante de la seguridad, delega funciones estratégicas que implican tareas de inteligencia, entrenamiento, operaciones militares, etc. a contratistas privados, se hace patente una fragmentación de la estructura de poder institucional que puede conducir a la privatización de los conflictos o la guerra y a la incapacidad de garantizar el orden.

Al mismo tiempo, la mercantilización de la seguridad transforma lo que tradicionalmente ha sido visto como un derecho en un bien que depende de la capacidad monetaria para adquirirlo, llevando a la securitización neoliberal en donde se prioriza la gestión empresarial de riesgos y amenazas sobre la garantía de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones del Estado. Reducir las funciones sociales propias del aparato estatal puede conducir, por ejemplo, al fortalecimiento de aparatos de control y vigilancia.

Por otro lado, cuando el Estado se vuelve menos social y más policial se normalizan regímenes de excepción y sus mecanismos inherentes como la represión, la vigilancia, el disciplinamiento, la violación sistemática de derechos, la contrainsurgencia o la falta de rendición de cuentas pues, a diferencia de las fuerzas armadas estatales, que pasan por un proceso de regulación jurídica, las privadas operan sin transparencia alguna.

Como muestra de lo anterior, baste decir que desde que Noboa asumió la presidencia (finales del 2023) ha firmado 17 decretos que normalizan el estado de excepción. El toque de queda impuesto recientemente en **Guayas, Los Ríos, Santo Domingo de los Tsáchilas y El Oro, provincias con 6.5 millones de habitantes (35% de la población) y en las que suceden más de la mitad de los homicidios nacionales**), es ejemplo de ello. La operación, que incluyó el despliegue de 75,000 militares bajo una maniobra conjunta entre el gobierno y fuerzas estadounidenses, tuvo como resultado la detención arbitraria de 253 personas sin que, al día de hoy, se sepa cuántas efectivamente están vinculadas al crimen organizado. ■

Reducir las funciones sociales propias del aparato estatal puede conducir, por ejemplo, al fortalecimiento de aparatos de control y vigilancia.

MARCO REYES*

ÁFRICA:

EL “CONTINENTE DEL FUTURO” O EL FUTURO QUE YA FUE....

A través de un “Muy largo siglo XX” de poco más de 500 años, el continente africano ha sido africanizado, convertido en un “yacimiento” de fantasías de todo estilo.

Un territorio cuya voz ha sido habitualmente articulada de manera prestada, ventrílocua, sometido a los intereses del marionetista que hábilmente ha ocultado su lugar de enunciación de cara a establecer un fundamentalismo epistémico. Por ende, en la filosofía y las ciencias occidentales, el sujeto que habla siempre se halla agazapado, disfrazado. Se trata de una “ego-política del conocimiento” a través de la cual la ubicación epistémica, étnica, racial, de género del sujeto que habla siempre está desconectada. Es la “visión del ojo de dios” que se oculta para hacer posible la abstracta pretensión de universalismo. Esta desvinculación permite maquilar la producción del mito del conocimiento universal y fidedigno. Mediante esta estrategia, el hombre occidental y sus súbditos epistémicamente occidentalizados, han confeccionado una matriz de poder-saber colonial capaz de subordinar aquellos conocimientos no occidentales y presentar su conocimiento como el único capaz de alcanzar la universalidad para, en consecuencia, construir jerarquías de conocimiento.

De este modo, la matriz de poder-saber colonial ha producido discursos de dominación que no sólo desacreditan ontológicamente todo lo no europeo sino que, paralelamente, le permiten colonizarlo teleológicamente, imponerle un telos hacia el cual debe dirigirse si desea huir de ese tiempo inmóvil, ese tiempo anterior, que los colocó por fuera de la historia, de esa fase pre-moderna, anterior pero necesaria para el despliegue de la modernidad. Ante esta “imposibilidad ontológica”, destituidos de sí mismos, lo(a)s africano(a)s se untaban de la representación colonial que, en su ausencia, se había hecho de ellos mismos y la interiorizaban como representación propia. He ahí la magia del sistema mundo moderno capitalista y de su matriz de poder-saber



* Historia/Departamento de Filosofía. UAM-Iztapalapa.

colonial, a saber: crear sujetos que, no obstante estar ubicados en el lado oprimido de la diferencia colonial, son capaces de pensar como si estuviesen ubicados en posiciones dominantes e inspirando sus protestas o luchas colonialmente (la colonialidad de la protesta)

Así por ejemplo, durante el segundo tercio del siglo XX –y ante una ralentización de la economía mundial que apertura una larga fase crisis estructural como corolario a la fase más expansiva de la Era del Capital (1945-1970)– los líderes nacionalistas africanos concebían optimistamente (afro-optimismo) que el colonialismo había terminado y que era posible llegar al final del arcoíris mediante la toma del Estado y la puesta en marcha de los proyectos de desarrollo (urbanización, comercialización, industrialización). El brillo del progreso y la modernidad, sumados a las ideologías nacionalistas que acompañaban a las luchas anticolonialistas africanas oscurecían la presencia de la colonialidad. Deslumbrados por el telos u horizonte de emancipación impuesto por el ethos moderno y colonial, los líderes nacionalistas no lograban ver la diferencia colonial. De tal modo, treinta años más tarde, al optimismo inaugural propio de los movimientos de liberación nacional, sobrevino una época de afro-pesimismo en donde los colapsos estatales y la violencia emanada de aquéllos hicieron posible que el mercado y la democracia multipartidista se convirtieran en leit motiv. ¡Africa se democratizaba y se liberalizaba económicamente! A final del siglo XX y mediante las políticas de ajuste estructural de las instituciones financieras internacionales, el optimismo resurgía en tierras africanas. El cambio de mantras aparentemente recuperaba el optimismo perdido que tanto había prometido y tan poco había cumplido.

¿Luego entonces, cómo es representada África en el discurso occidental de las primeras décadas del XXI? ¿Habla y danza el continente a ritmo de sus propios tambores? ¿Están sus objetivos de emancipación, sus ritmos de lucha, dictados por partituras propias, hechas desde lugares/términos de enunciación africanos? Para resolver lo anterior, debemos entonces interrogarnos sobre las maneras mediante las cuales África es dominada mediante su integración en una determinada “geometría del espacio” y, paralelamente, es excluida de la construcción del tiempo presente como futuro en potencia. ¿Cuál es el rédito que se logra desde los regímenes de poder-saber colocando en las cartografías del presente a aquellos lugares y personas

que históricamente han estado confinados colonialmente a lo pretérito (aquello dejado atrás), destinados a una situación de pre-existencia/no existencia?

En los prolegómenos del siglo XXI –y ante el periodo más álgido de esa larga fase de crisis estructural del capitalismo– el discurso del afro-optimismo ha sido relanzado señalando que estamos entrando al “Siglo Africano” en el cual 6 de las diez economías a nivel mundial con mayores índices de crecimiento económico se hallan concentradas en tierras africanas. El ascenso del “Siglo Africano” se dibujaba desde los primeros años del siglo XXI, fecha en la cual se produjo una reubicación geográfica de los procesos de valorización del capital. El surgimiento de los así llamados países o economías emergentes conocidas como BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). No sólo se trataba de un reordenamiento al interior del desarrollo del Sistema Mundo Moderno Capitalista sino una evidencia de que el sistema aún tenía espacio para nuevas configuraciones. En este mismo sentido, el diario *New York Times* aseguraba que “Africa es el Continente del Futuro”, el continente cuya juventud cambiará el futuro del mundo.

El brillo del progreso y la modernidad, sumados a las ideologías nacionalistas que acompañaban a las luchas anticolonialistas.

¿Estas declaraciones anticipan un porvenir en el cual África finalmente hallará esa cazuela de oro al final del arcoíris que tanto ha ambicionado, o nos hallamos ante una sofisticada recolonización del futuro, que paradójicamente estrecha o achica la agencia histórica africana, que sea capaz de construir futuros que no surjan de la colonialidad o de la repetición infinita del presente colonial sino de la disputa por un presente descolonizado? ¿Nos hallamos ante una nueva asignación onto y teleológica impuesta de modo extrovertido, un ritmo histórico im-

puesto para los tambores africanos? ¿Cuáles son las apuestas políticas que subyacen al hecho de colocar en el tiempo presente y futuro a quienes han estado históricamente confinados a lo pretérito (aquello dejado atrás), destinados colonialmente a una situación de pre-existencia histórica

Pareciera que, mediante las narrativas futuristas de África, Occidente se niega a abandonar sus privilegios epistémicos. De tal modo, para el ojo del dios occidental, África es recuperado en momentos críticos (1970 y 2008) como **una región que aún puede dar una bocanada de aliento al sistema capitalista**. Dentro de la narrativa hegemónica, el continente africano es entonces admitido, integrado, aceptado dentro de una

geometría del espacio propia del siglo XXI pero excluida en la confección y configuración de su presente. Sus acciones en el presente son condicionadas a lo que dicta la matriz de poder colonial, su agencia histórica y sus posibilidades ontológicas en el tiempo presente son decomisadas colonialmente. Así, el “Continente del Futuro”, es colonizado en su presente y futuro en potencia por la arrogante razón occidental para la cual una de las partes determina la existencia y ubicación epistémica del resto: la fracción europea explicando y dando vida a los demás componentes. De acuerdo con las narrativas hegemónicas de los primeros decenios del siglo actual, África resulta importante para alcanzar la permanente reproducción del valor que engrasa al moderno sistema mundo colonial, si y sólo si mantiene su estatus de subordinación epistémica, si obedece cabalmente los compromisos ontológicos y la teleología que conviene al imaginario moderno y contemporáneo. El “Mago que viene del Norte” artificioosamente hace descender el futuro desde el cielo norteño mediante una pócima que pretende hacer olvidar que el futuro se construye desde el presente mediante la agencia social, mediante las disputas por el presente. Si el pasado del presente africano es la memoria de los ancestros, el presente del futuro es la utopía de los vivos supervisada por los muertos que vivos están. De tal manera, si bien la maquinaria de poder-saber colonial opera como un dispositivo de producción de verdad, el hecho de que África aún pueda representar un espacio hacia el cual todavía el capital puede dirigirse en busca de su propia valorización, también implica que la modernidad colonial no ha podido subordinar la experiencia histórica al orden del tiempo lineal, ni tampoco ha podido subsumir otras formas de temporalidad existentes y subyacentes a otros proyectos de mundo y vida.

La idea de un tiempo absoluto, universal y lineal es una ficción productiva que, si bien se impone globalmente en el orden instaurado por la civilización europea con su maquinaria de producción de verdad mediante instituciones, burocracias y tecnologías de poder, no ha capturado múltiples afueras que se le enfrentan y resisten, así como tampoco la totalidad de los imaginarios, narrativas, subjetividades y modos de hacer y de vivir de pueblos que han quedado en la frontera entre el mundo integrado y aquellos que aún no lo han sido en su totalidad.

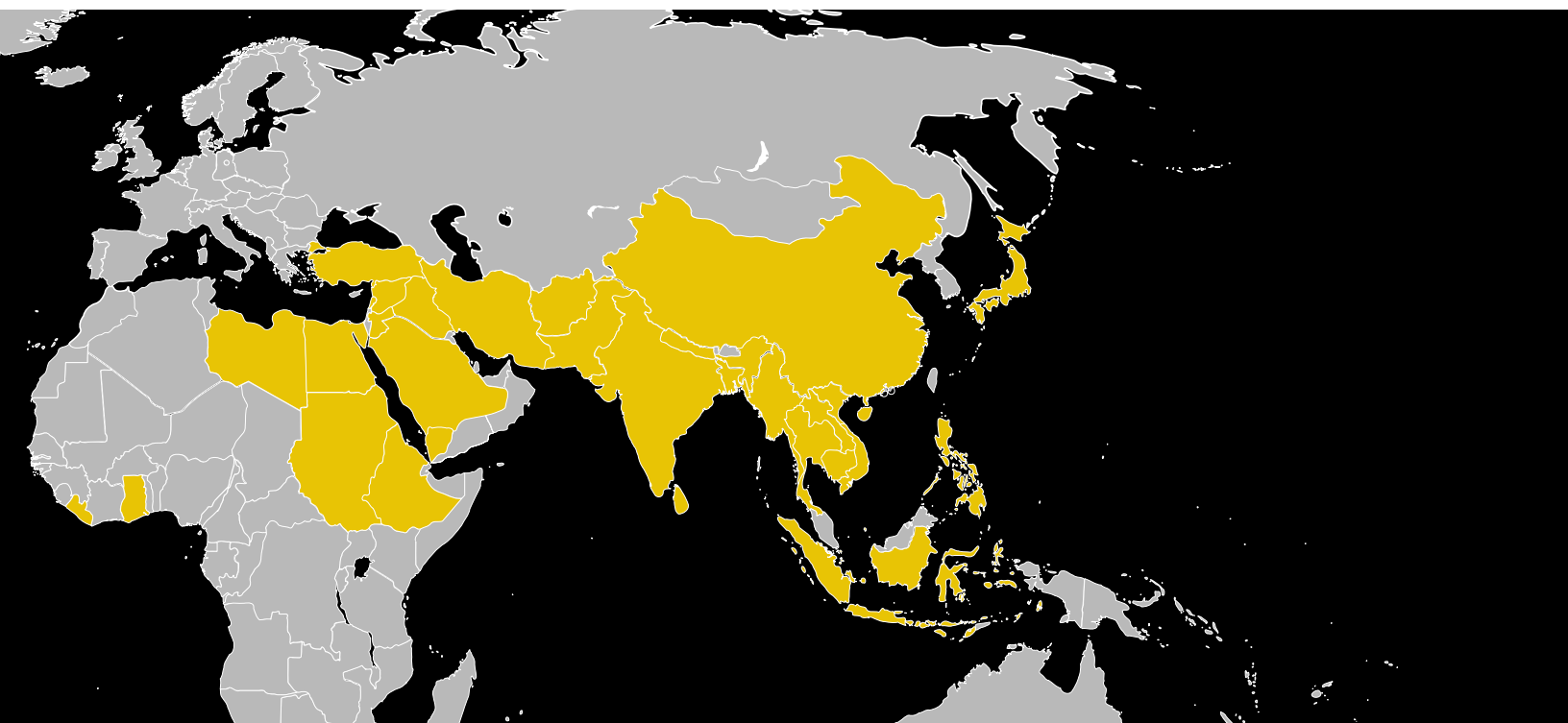
En efecto, recorrido desde abajo y con pies descalzos, África es probablemente un espacio en el cual los modos de hacer y vivir desde los márgenes han resistido a través de esa larga noche

de 500 años. Pese a lo anterior, en medio de la crisis estructural del sistema capitalista, el análisis de las resistencias africanas, sus coloridos ropajes de emancipación deben ser revisados doblemente con el objetivo de conocer no sólo su potencia emancipatoria, su grado de crítica al sistema sino también los peligros de aprehenderlos colonialmente so pena de sobre o sub-representarlos, de endilgarles obligaciones emancipatorias que no necesariamente dichas resistencias se autoasignan. No sólo se trata de recuperar el pasado africano como si hubiese estado guardado de manera “pura”, “prístina”, de extraerlo de aquellas catacumbas a donde fue relegado por el historicismo propio de la modernidad sino de excavar en el presente africano aquellos utensilios o repertorios de lucha que, desobedeciendo la remisión colonial a lo “pretérito”, se hallan presentes, vigentes y activando o potenciando futuros otros de una modernidad cuyos efectos ya se conocen: ese futuro que el ethos moderno capitalista prometió ya llegó y muestra sus más crudos efectos globofágicos. Desafiando esa noción futura de África como un ente perfectamente alineado a los ritmos, tiempos y puertos de llegada de la modernidad capitalista, las mujeres mayores del pueblo Luo en el norte de Uganda se ponen en marcha en contra de proyectos multinacionales que les han arrebatado sus tierras. “Lobowa” (nuestra tierra) en lengua Luo es la principal demanda que las mujeres presentan con sus torsos desnudos. Una política corporal que no sólo desvanece las obligaciones coloniales del cuerpo pasivo y recatado de las mujeres sino que lanza una maldición: que el peso de los ancestros caiga sobre quienes nos han arrebatado nuestras tierras y nos han despojado de la dignidad. Que las acciones de los muertos aún vivos recaigan sobre el presente y futuro de quienes nos han despojado de la dignidad. ■



JULIANA SENA, BRID BRENNAN, GONZALO BERRÓN Y SOL TRUMBO*

RUMBO A UNA BANDUNG DE LOS PUEBLOS



El (des)orden multilateral

Vivimos en un mundo en transformación. A medida que el capitalismo entra en un nuevo ciclo de acumulación y el fascismo crece, las élites globales presionan para remodelar el mundo al servicio de los intereses del imperialismo. Al mismo tiempo, estos cambios ofrecen una oportunidad para que los pueblos y las naciones encuentren y desarrollen nuevos caminos hacia la solidaridad internacionalista y el poder popular.

Esos caminos no se abrirán espontáneamente. El cambio intencional requiere estrategia, ideas y un entendimiento común, a escala global, dentro de la diversidad de actores sociales y políticos progresistas. Es urgente consolidar un espacio cooperativo de diálogo y acción; de lo contrario, corremos el riesgo de ser aplastados durante otro ciclo más de explotación y opresión, atrapados en medio de luchas geopolíticas determinadas por los intereses de las superpotencias capitalistas.

El sistema internacional se está desmoronando. Durante los últimos 80 años, el multilateralismo permitió a movimientos sociales, pueblos indígenas, campesinos, sindicatos y personas migrantes

* Integrantes del [Transnational Institute](#).



impulsar importantes agendas globales, traduciendo sus luchas en Derecho Internacional. Sin embargo, las normas de tal “*sistema basado en normas*” han sido sistemáticamente violadas por los Estados más poderosos, como en Irak en 2003, Libia en 2011 o Venezuela en los primeros días de 2026.

La arquitectura económica y financiera global refleja estos desequilibrios. Los acuerdos bilaterales de comercio e inversión vinculan a los países del Sur como socios subordinados. Los mecanismos de solución de controversias entre inversores y Estados (ISDS) convierten a los gobiernos del Sur en rehenes de inversiones buitres. A esto se suma la captura corporativa del multilateralismo —el llamado *multistakeholderism*— a través de puertas giratorias, cabildeo no regulado y filantropía estratégica, como lo demuestra el caso COVAX.

La crisis financiera de 2008, la pandemia, la emergencia climática, el genocidio del pueblo palestino y la consolidación de una ola macho-fascista de gobiernos de ultraderecha han desgarrado aún más el orden mundial. Cada una de estas crisis es síntoma de un fracaso sistémico. La recuperación de la pandemia fue liderada por las mismas empresas transnacionales que se beneficiaron de ella; las soluciones climáticas se confiaron a las gigantes corporaciones contaminantes. La Resolución 2803 del Consejo de Seguridad de la ONU, de noviembre de 2025, que legitima la recuperación de Palestina bajo control directo de Estados Unidos, da testimonio de la relación transaccional que el imperialismo siempre ha tenido con las Naciones Unidas.

Para las fuerzas progresistas globales, aferrarse únicamente a los pilares de la ONU no será suficiente. Existe una necesidad

urgente de transformar el multilateralismo y, para que éste ofrezca resultados diferentes, debe basarse en supuestos y compromisos diferentes. Es hora de pensar, conectar y organizarse para construir un Frente del Sur Global que promueva colectivamente un plan de acción común y nuevos paradigmas políticos adecuados para un orden mundial que afirme la vida, pacífico y equitativo.

Construyendo un Frente del Sur Global

El Frente del Sur Global combina dos concepciones del Sur: la dibujada en los mapas, compuesta por los Estados poscoloniales que aún llevan las cicatrices del imperio, y la que no conoce fronteras, la del Sur que vive en las favelas de Río, los *townships* de Johannesburgo, los suburbios de París y los centros de detención de Texas. No es un bloque de naciones, sino la izquierda transnacional organizada que se convierte en un sujeto político colectivo capaz de impulsar a los pueblos y los Estados hacia un futuro emancipador.

Para forjar un frente unido se requiere la construcción de valores comunes basados en el respeto por la autodeterminación de los pueblos. Convertirse en un Frente exige el diseño ecuménico de nuestras trincheras, pero nunca puede significar comprometer nuestros principios fundamentales. La disidencia, la contestación y la disputa son intrínsecas a la política. Construir un Frente del Sur Global también significa entender a los Estados como espacios de disputa y como actores cruciales, trabajar con ellos siempre que sea posible, aprovechando diferentes fuentes de poder y conocimientos especializados para resistir al imperialismo y generar alternativas.

Oportunidades a mano

La revolución digital y la transición energética están reconfigurando la distribución de la riqueza y del poder geopolítico. Una nueva y agresiva fiebre por minerales para fabricar baterías y turbinas eólicas se ha traducido en guerras y acuerdos de libre comercio que limitan las políticas soberanas. Dejar las cosas como están significa que el Norte siga cosechando los beneficios mientras el Sur sigue aumentando su deuda y contando los muertos.

Al poseer la mayor parte de las reservas minerales y de la mano de obra disponible, el Sur podría aprovechar mejor sus activos. Si los pueblos de China, India, Brasil, Sudáfrica e Indonesia combinaran y coordinaran sus capacidades, el mundo podría estar determinado por el Sur global. La realización de este potencial depende del reconocimiento de que el poder del Sur global es colectivo.

Ya existen importantes iniciativas que apuntan en esa dirección: el proceso de Nyéléni, la Asamblea Internacional de los Pueblos, la Vía Campesina, el Instituto Tricontinental, la Internacional Progresista y la Campaña Global para Recuperar la Soberanía de los Pueblos, entre otras. A nivel estatal, los BRICS han desempeñado un papel importante como espacio de coordinación y, a pesar de sus muchas contradicciones, es de facto el bloque contrahegemónico más desarrollado con condiciones para impulsar cambios hacia un multilateralismo verdaderamente participativo.

Desafíos por delante

Los activos regionales del Sur —las capacidades financieras y tecnológicas de Asia, las reservas minerales de África, la biodiversidad de América Latina— no se traducen necesariamente en poder político equivalente. La integración regional es clave: es un camino pragmático e ineludible para transformar las cadenas de producción mundiales y garantizar que el desarrollo sea emancipador y no un subimperialismo extractivo.

China complejiza esta ecuación. Desde una perspectiva progresista, no podemos negar que el camino chino logró cambiar sustancialmente la vida de su pueblo. Hay lecciones que aprender de su planificación y sus estrategias de desarrollo soberano. Al mismo tiempo, aún no está claro hasta qué punto China estaría dispuesta a invertir activamente en la construcción de

un internacionalismo popular, hacia un orden mundial verdaderamente democrático, sin convertirse en una nueva potencia hegemónica guiada únicamente por sus propios intereses.

El segundo gran desafío es el desequilibrio militar entre el Norte y el Sur. La OTAN ha comprometido aumentar el gasto militar de sus países al 5% de su PIB, transformando tecnológicamente un arsenal ya abrumador. Mientras Estados Unidos tiene alrededor de 750 bases militares en cerca de 80 países de todo el mundo, China tiene oficialmente una sola, en Yibuti. Este contraste es probablemente el reto más importante para cualquier transformación sustantiva hacia la democratización de nuestro orden mundial. Para abordarlo, es imperativo construir estrategias colectivas involucrando orgánicamente a todas las fuerzas progresistas.

Si los pueblos de China, India, Brasil, Sudáfrica e Indonesia combinaran y coordinaran sus capacidades, el mundo podría estar determinado por el Sur global.

El tercer desafío es el “enemigo interno”: la Internacional Reaccionaria, que coordina a líderes macho-fascistas del Sur como Bukele, Milei y Bolsonaro con sus homólogos del Norte como Trump, Orbán, Meloni y Netanyahu. Para enfrentarlo, es necesario incluir en los marcos multilaterales la participación significativa, con poder de decisión, de movimientos sociales, sindicatos, pueblos indígenas y otras comunidades afectadas. Ha llegado el momento de que la autodeterminación no sea sólo un derecho de los Estados, sino también un derecho exigible de los pueblos.

El Sur global en el Norte

El rol del Norte global en la construcción de este nuevo internacionalismo es una tarea que corresponde a los propios movimientos y activistas del Norte. Si bien las desigualdades globales tienen una fuerte presencia geográfica en el Sur, también existe una desigualdad significativa y creciente en el Norte: en 2024, 35,9 millones de personas vivían en la pobreza en Estados Unidos, y la Unión Europea contabilizó 93,3 millones de personas en riesgo de pobreza o exclusión social, un asombroso 21% de su población.

La resistencia del pueblo palestino ha catalizado un renovo internacionalismo centrado en el cambio de sistema. Los movimientos de migrantes y refugiados, junto con las organizaciones antirracistas y antiislamófobas, están impulsando la solidaridad alejándose del flantropismo en dirección a la

acción radical. Los movimientos sociales globales están asumiendo cada vez más las luchas de los migrantes como una agenda central. La organización política de los migrantes y refugiados puede considerarse una gran protesta global contra la insostenibilidad del capitalismo.

Para la izquierda del Norte, es imperativo desarrollar una comprensión más radical del internacionalismo. Se trata de dismantlar el capitalismo y el imperialismo desde dentro, rompiendo con un modelo que sacrifica los derechos sociales y la responsabilidad democrática para proteger la riqueza y el poder mediante la militarización, la exclusión, la extracción y la guerra. Para el Norte global, la tarea empieza por aprender a vivir sin imperio.

El Sur global en el Norte puede ser determinante para el cambio sistémico. Incluye a las personas migrantes y refugiadas, las comunidades marginadas y las minorías sociales, así como a la clase trabajadora blanca empobrecida y privada de derechos, cuyas vidas, tanto en Estados Unidos como en la Unión Europea, han sido devastadas por la reestructuración neoliberal. Su tarea consiste en construir economías de solidaridad y democracia en el Norte que puedan prefigurar las relaciones postcapitalistas, dismantlando activamente las estructuras racistas y coloniales. Se trata de que el Norte se comprometa con un nuevo internacionalismo que sitúe el cambio sistémico en el centro de la transformación global, desde las entrañas de la bestia.

Hacia la Bandung de los Pueblos

A pesar de las incertidumbres, o precisamente por ellas, la coyuntura actual presenta muchas oportunidades que las fuerzas progresistas deben explorar de manera seria y colectiva. Necesitamos desarrollar un “coro” de voces plurales y una estrategia común para dar forma al futuro.

Hace setenta años, la Conferencia de Bandung marcó el nacimiento de la cooperación Sur-Sur, al reunir a 29 Estados asiáticos y africanos recién independizados para abordar la descolonización, el desarrollo y el imperialismo. La energía simbólica y política que proyectó Bandung 70 años hacia el futuro es más que una inspiración: es un llamado a la emancipación en esta nueva era. Sin embargo, una Bandung de los Pueblos debe abarcar no sólo a los Estados, como lo hizo en 1955; tampoco sólo a África y Asia, sino también a América Latina, el Caribe y la inmensa diversidad de movimientos sociales, fuerzas políticas y luchas populares de los muchos Sures del mundo.

Es Bandung porque encarna la promesa transformadora de una estrategia común Sur-Sur. Está en español para enfatizar la inclusión de América Latina. Pero, sobre todo, es “de los Pueblos” porque el poder de los pueblos debe impulsar este nuevo multilateralismo, que debe basarse en la solidaridad internacionalista y en una democracia genuina. ■



Ilustración: Tricontinental.org. CC BY-NC 4.0

